El secreto de Polichinela

Comedia en tres actos

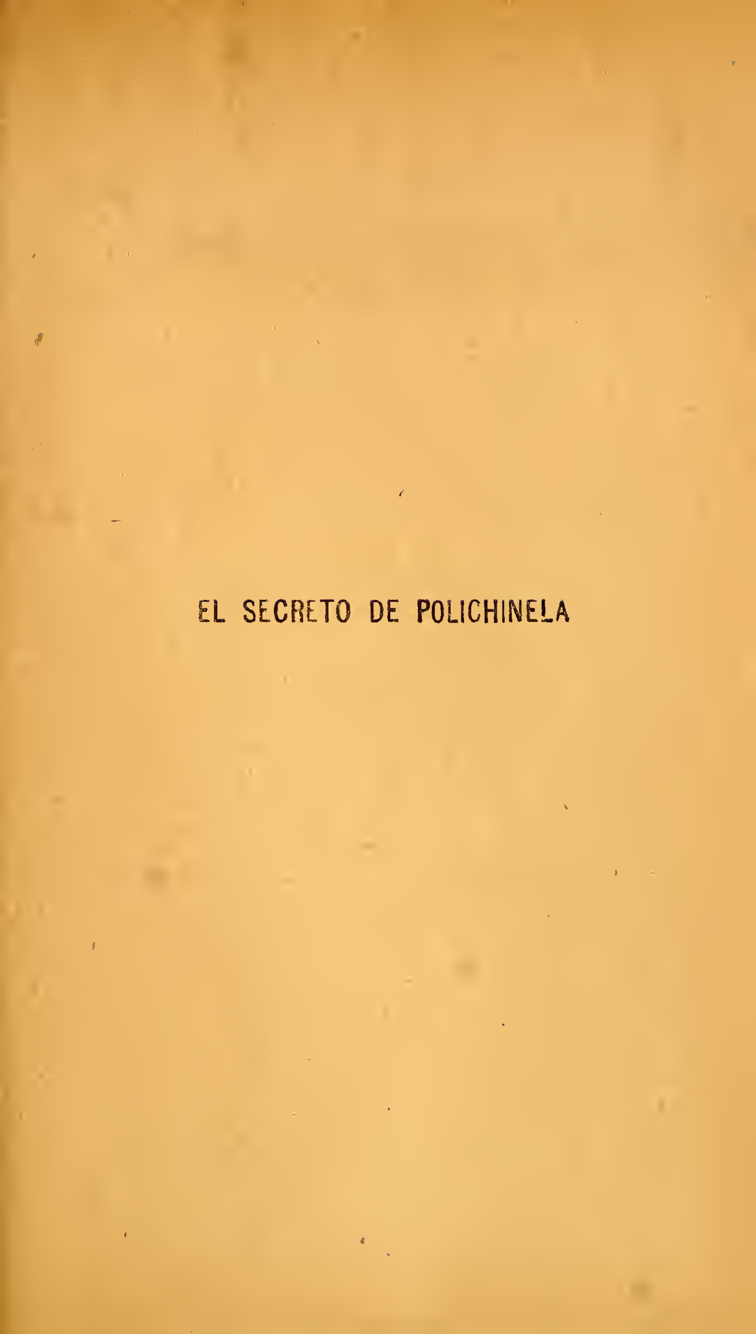
de

Pierre Wolff

traducida por

Enrique García Velloso

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
Nuñez de Balboa, 12.
1903



EL SECRETO DE POLICHINELA

EL SECRETO DE POLICHINELA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

PIERRE WOLFF

TRADUCIDA POR

Enrique García Velloso

Estrenada con extraordinario éxito en el **TEATRO DE LA COMEDIA** de Madrid
en la noche del 31 de Octubre de 1903



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
—
1903

REPARTO



PERSONAJES		ACTORES
EL SEÑOR JOUVENEL, de 55 á 60 años.	SR.	BALAGUER.
TREVOUX....		TALLAVÍ.
ENRIQUE, hijo de Jouvenel, 24 ídem..		MATA.
ROBERTO, niño de 4 ídem............	NIÑO	SALA.
JUAN, criado de la casa de Jouvenel...	SR.	CASTRO.
LA SEÑORA DE JOUVENEL, 50 ídem.	SRA.	ALVERÁ.
LA SEÑORA DE SANTENAY, 28 ídem.		PINO.
LA SEÑORA DE LANGEAC, 45 ídem..		CARO.
GENOVEVA, hija de la Señora Langeac, 20 ídem...........................	SRTA.	TOSCANO.
MARÍA, 22 ídem......................		BREMÓN.
MARTINA, vieja criada, 60 ídem......	SRA.	MORALES.
ANA, criada de la casa de Jouvenel....		TEJADA.

Los actos primero y tercero, en casa de Jouvenel
y el segundo, en la de María




[redacted]

ACTO PRIMERO

Sala elegante: una puerta en la izquierda, y en segundo término un balcón. Chimenea en la derecha, y en segundo término gran puerta con hojas vidrieras, que se supone comunica con el comedor. En el foro, centro, otra puerta. En primer término, y delante de la chimenea, un sofá, una butaca y una silla volante, y entre estos muebles una mesita centro. En la derecha del foro una mesita de escritorio de señora con cajón. En primer término izquierda, una butaca y silla volante, muebles de mucho lujo. Una lámpara elegante de luz eléctrica encendida y colgada en el centro. Derecha é izquierda las del actor.

ESCENA PRIMERA

La SEÑORA DE JOUVENEL; luego ANA. Al levantarse el telón, la señora de Jouvenel está sentada en una silla poltrona, al lado de la chimenea encendida. Lee una novela

SRA. JOU. ¡Esto es innoble! ¡Qué atrocidad! ¡Qué cosas se atreven á escribir! En fin, ya que he comenzado. . (Pausa hasta que entra Ana con un ramo de flores.)

ANA Han traído estas flores, señora.

SRA. JOU. ¿Quién las envía?

ANA La señora de Santenay, según dijo el demandadero.

SRA. JOU. ¡Qué locura!

ANA ¡Ay, qué perfume tan delicioso!

SRA. JOU. Sí, pero no meta usted sus narices en ellas
ANA Pero señora... las flores...
SRA. JOU. Chist... chist... vamos... vamos, obedezca usted y póngalas sobre la chimenea. (Pausa.) ¿No ha vuelto aún mi hijo?
ANA No, señora. Don Enrique no ha regresado todavía... ¡Ah! me olvidaba decir á la señora que el señor Trevoux ha telefoneado.
SRA. JOU. ¿Para qué?
ANA Para anunciar que vendrá á comer esta noche.
SRA. JOU. Entonces no se olvide usted de prevenírselo á Juan para que ponga otro cubierto en la mesa. Adviértaselo también á Matilde y recomiéndele que se esmere en el postre.
ANA Es verdad; al señor Trevoux le gustan mucho los postres.
SRA. JOU. Puede usted retirarse. (Ana hace medio mutis y se vuelve vacilante desde el foro. Pausa.)
ANA (Con timidez.) Señora...
SRA. JOU. ¿Qué ocurre?
ANA Desearía pedir á la señora...
SRA. JOU. ¿Qué?
ANA Deseo pedir á la señora permiso para salir mañana por la tarde un par de horas.
SRA. JOU. ¿Ha vuelto á enfermar su madre?
ANA No, señora.
SRA. JOU. ¿Entonces?... ¿Qué le pasa á usted? ¿Está usted temblorosa?...
ANA Es que... es que...
SRA. JOU. Es que... es que... En fin, hable usted.
ANA Es... que tengo novio, señora.
SRA. JOU. ¿Otra vez?
ANA Pero señora...
SRA. JOU. Es que usted cambia de novio todos los meses. Sea usted más juiciosa.
ANA ¡Oh! esta vez se trata de un buen partido... de un compromiso serio.. serio, señora. Es un domador de caballos... muy trabajador.
SRA. JOU. En fin...
ANA ¿Accede la señora?
SRA. JOU. Sí; pero no abuse usted.
ANA ¡Oh! en cuanto á eso puede estar la señora tranquila. Para darle una idea de mi Car-

los,—porque se llama Carlos,—le diré á la señora que...

SRA. JOU. Basta, Ana. Está bien.

ANA ¡Que buena es la señora! Muchas grecias. ¿Debo darle algo al hombre que ha traído las flores?

SRA. JOU. Traiga usted mi portamonedas. (Mientras Ana va y vuelve al sitio donde está el portamonedas, que será un mueble del salón, se oye la campanilla.) No tengo más que un billete de cien francos; dele usted un franco.

ANA Muy bien, señora. (Vase Ana, y casi simultáneamente el criado abre la puerta y dice:)

JUAN La señora de Santenay desea saber si puede pasar.

SRA. JOU. ¡Ya lo creo! Que pase. (Vase Juan.)

ESCENA II

La SEÑORA DE JOUVENEL y SEÑORA DE SANTENAY

SRA JOU. ¡Ah! ¿Es usted? Debo reñirla.

SRA. SAN. Deje usted eso para más tarde. Ya verá usted que la ocasión no es oportuna. ¡Si supiera usted cuánto tengo que contarla!... ¡Ah! le juro á usted que no he perdido el día.

SRA. JOU. Viene usted con la cara muy alegre.

SRA. SAN. Amiga mía, acabo de encontrarme con mi marido.

SRA. JOU. ¿En dónde?

SRA. SAN. En la Avenida de la Opera.

SRA. JOU. ¿Se hablaron ustedes?

SRA. SAN. No, señora.

SRA. JOU. ¿Cuánto tiempo hacía que no se encontraban ustedes?

SRA. SAN. Desde nuestro divorcio.

SRA. JOU. ¿Cuatro años, entonces?

SRA. SAN. Exactamente.

SRA. JOU. ¿Habrá usted pasado un momento difícil?

SRA. SAN Tan difícil, que, un segundo más y me echo á reir en sus barbas.

SRA. JOU. ¿Por qué?

SRA. SAN. ¡Oh!... está hecho una tinaja de gordo. ¡Si viera usted, amiga mía, qué abdomen! El, tan delgado, tan esbelto antes, se ha puesto así. (Haciendo el gesto con los brazos abiertos.) Su vientre en punta, parece que va á estallar... ¡Já, já, já!... Anda así... apoyándose mucho en el bastón. (Lo imita.) ¡Oh!... ¡pobre... pobre!... Hasta ahora no ha tenido aspecto de hombre casado.

SRA. JOU. No sea usted burlona.

SRA. SAN. Llevaba dos ó tres pequeños envoltorios en la mano. En uno de ellos alcancé á leer: «Comestibles.» Por lo visto economiza la paga del criado... ¡Y pensar que podía seguir viviendo con un hombre así!... ¡Ah!... Encontré también á la señora de Dumerni.

SRA. JOU. ¿Sí? ¿Dónde?

SRA. SAN. En la Avenida de la Opera.

SRA. JOU. ¿Siempre tan bonita?

SRA. SAN. Y tan mal educada como siempre.

SRA. JOU. ¿Estuvo grosera con usted?

SRA. SAN. No...

SRA. JOU. Entonces no me explico...

SRA. SAN. Verá usted. Ibamos por la misma acera en sentido contrario. ¿Comprende usted?

SRA. JOU. Sí.

SRA. SAN. ¿Pues no tuvo la desfachatez de volver la cabeza tres veces para mirarme?

SRA. JOU. ¿Y cómo lo supo usted?

SRA. SAN. ¿Que cómo lo supe?

SRA. JOU. Marchando en sentido contrario... ha sido necesario que usted...

SRA. SAN. Que yo también volviera la cabeza para mirarla... Es claro... eso es lógico... Pero de lo que estoy ciertísima es de que ella comenzó. Bueno, no importa... dejemos esto. También tuve otro encuentro... más importante que los anteriores y por eso he guardado para el final la buena noticia. Encontré á la señora de Langeac y su hija.

SRA. JOU. ¿Dónde?

SRA. SAN. En la Avenida de la Opera.

SRA. JOU. ¡También! ¿Pero qué había hoy en la Avenida de la Opera?

SRA. SAN. Nada... La casualidad se ha mezclado en todo.

SRA. JOU. ¿Y qué dice la señora de Langeac?

SRA. SAN. Que la adora á usted cada vez más. Si mis presentimientos no me engañan, creo que todo concluirá como usted lo desea... porque mientras hablaba con la madre, observaba á la niña, que es preciosa.

SRA. JOU. ¿Verdad que sí?

SRA. SAN. Sus hermosos y grandes ojos azules, no se separaban de los míos y parecía decirme: «¿No es verdad, señora, que mamá tiene mucha razón al querer á la señora de Jouvenel?» Ya se imaginará usted si yo era de la misma opinión.

SRA. JOU. ¡Qué amable es usted!

SRA. SAN. Y la mamá agregaba: «La Señora de Jouvenel es una dama exquisita, desde todo punto de vista... ¡Y tan fina, tan graciosa... tan seductora...»

SRA. JOU. (*Con coquetería.*) La señora de Langeac exagera.

SRA. SAN. ¡Qué ha de exagerar! Usted no se conoce.. «En cuanto al señor Jouvenel»—agregaba—«le diré que no existe hombre más encantador.»

SRA. JOU. ¡Ah!...

SRA. SAN. «Tan previsor.»

SRA. JOU. ¡Ah!

SRA. SAN. «Tan distinguido.»

SRA. JOU. Es verdad.

SRA. SAN. «¡Qué hermosa pareja! ¡Qué ejemplo para nuestros hijos!»—agregaba ella también, acariciando con la mano la barbilla de la señorita Genoveva.—«Y á su hijo, ¿cómo le encuentran ustedes?—pregunté yo para tener una opinión completa sobre toda la familia.»—De pronto, ya no veo los ojos de la niña... Había bajado la cabeza y golpeaba sus zapatitos de charol con la punta de la sombrilla.

SRA. JOU. Buena señal.

SRA. SAN. Sí... buena señal. «Me parece muy simpático y muy distinguido ese joven»—me respon-

dió la señora de Langeac.—«Además muy circunspecto.»

SRA. JOU. ¡Ay!... ¡sí!... demasiado circunspecto para su edad.

SRA. SAN. «Y según me ha dicho Genoveva, parece que baila elegantemente. ¿No es verdad, Genoveva?»—La niña lanzó un «¡Oh, mamá!» que me pareció muy elocuente.

SRA. JOU. ¿Y en suma?..

SRA SAN. En suma, que todo marcha viento en popa. No sé si usted me regañará por haber suplicado á la señora de Langeac y á su hija, que vengan á buscarme aquí.

SRA. JOU. ¿Aceptaron?

SRA. SAN. Naturalmente que sí.

SRA JOU. ¡Gracias! ¡mil gracias! es usted un ángel. (A Trevoux que entra.) Hola, Trevoux. ¿Cómo está usted, Trevoux?

ESCENA III

DICHAS y TREVOUX

TREV. Muy buenas tardes, querida amiga... La encuentro á usted muy contenta.

SRA. JOU. Mucho, sí.

TREV. Me alegro, me alegro. (A la señora Santenay.) Buenas tardes.

SRA. SAN. ¿Cómo está usted? (Pausa.)

TREV. ¿Y Jacobo?

SRA. JOU. Aun no ha vuelto.

TREV. Vaya... vaya, con la señora de Santenay. Apropósito, ayer hablé mucho de usted con alguien que la quiere bien.

SRA. SAN. ¿Una mujer?

TREV. Si se tratara de una mujer, usted no lo creería. No; con un hombre.

SRA. SAN. ¿Le conozco yo?

TREV. Algo.

SRA. SAN. Y... ¿se puede saber lo que le dijo?

TREV. ¡Ah!...

SRA. SAN. ¿Por qué dice ¡*Ah*!

TREV. Porque he prometido ser reservado.

SRA. SAN. ¿Dió usted su palabra? Entonces le escucho á usted. Soy toda oídos.

TREV. ¡Señora! Bien; voy á complacerla. Dijo: «Gabriela de Santenay.

SRA. SAN. ¡Cómo!... ¿Se permitió decir Gabriela?

TREV. Sí... Gabriela dijo...

SRA. SAN. Es un hombre muy francote, entonces.

TREV. Sí, muy francote.

SRA. SAN. Y... ¿quién es él?

TREV. ¡Eh!.. ¡eh!... ¡eh!... no tan de prisa.

SRA. SAN. Por Dios, empiece su relato... Es usted siempre el mismo, burlón.... incisivo... calmoso..

TREV. Perdón: si usted no me hubiera interrumpido...

SRA. SAN. Le he interrumpido para saber cuanto antes.

TREV. ¡Oh!... el viejo sistema, interrumpir para no llegar nunca al final.

SRA. SAN. ¡Ay, qué pesadísimo es usted! Acabe usted de una vez.

TREV. Eso es otra cosa. Si me lo ruega usted tan dulcemente, continuaré.

SRA. SAN. ¿Cómo que va á continuar? Si aun no ha dicho nada.

TREV. Perdóneme, querida amiga: ¿es usted, ó soy yo el que sabe lo que voy á decir?

SRA. SAN. Es usted... es usted... es usted.

TREV. Gabriela...

SRA. SAN. (Apretando los dientes.) ¡Qué insolencia!

TREV. «Gabriela, me dijo, es un ser encantador; además de linda, es joven, dulce, tierna, apasionada ..»

SRA. SAN. ¡Ah!... pero...

TREV. ¡Chist!... «De un carácter igual, muy igual... ¡Y con un cuerpo! ¡Oh!.. con un cuerpo...» —y como no encontraba la frase gráfica, hizo un dibujo en el aire con las manos... indicándome cómo estaba hecho ese cuerpo.

SRA. SAN. ¡Alto, alto!

TREV. ¿Por qué?

SRA. SAN. Porque no existe en el mundo más que un sólo hombre, ¿lo entiende usted? uno sólo, que pueda usar semejantes expresiones respecto á la arquitectura de mi cuerpo. No

hay más que uno, lo repito, y este es muy posible que... tampoco sepa si estoy bien ó mal hecha.

TREV. En efecto, hoy en día van tan bien encorseladas las señoras...

SRA. SAN. Si lo dice usted por mí...

TREV. Yo no personalizo á nadie.

SRA. SAN. Y ¿se puede saber el nombre de ese caballero?

TREV. Jorge Santenay.

SRA. JOU. ¿Su marido?

SRA. SAN. ¿Mi marido?

TREV. Su marido.

SRA. SAN. No pensabà de igual modo antes.

TREV. ¡Qué imbécil!

SRA. SAN. ¿Y cómo le ha encontrado usted?

TREV. Muy bien.

SRA. SAN. ¿No observó usted que había cambiado algo?

TREV. Sí.

SRA. SAN. ¡Ah! (Gozosa.)

TREV. Y hasta se lo hice notar.

SRA. SAN. ¡Bravo! ¡Se pondría furioso!

TREV. No. Yo le dije: «¿Pero qué tiene usted de raro? ¿Se ha cortado la barba? ¿No usa ya el mismo corte de pe'o? Cuanto más le miro, más me parece que tiene usted algo de menos.»

SRA. SAN. ¿De menos? (Haciendo el gesto de la obesidad.)

TREV. «No se afane usted en buscar más, me dijo: lo que tengo de menos es mi mujer, y eso es lo que me ha transformado.»

SRA. SAN. ¡En tinaja! ¡Qué chiste tan gracioso!

SRA. JOU. Vamos, Trevoux, ¿quiere usted no molestar á la señora de Santenay?

SRA. SAN. ¡Cuando pienso que una mujer puede caer en los brazos de un hombre como usted!

TREV. Desde luego esa mujer tiene la seguridad de no hacerse daño.. y... ya es algo...

SRA. SAN. Hace usted bien en no casarse.

TREV. Lo mismísimo me digo todas las noches al meterme en la cama.

SRA. JOU. Basta, Trevoux, basta Gabriela... ¡Parece mentira que cada vez que se encuentran ustedes suceda la misma cosa.

TREV. Felizmente no nos encontramos más que seis veces por semana.

SRA. JOU. ¿Quieren ustedes saber cuál es mi opinión respecto á sus enfados?

TREV. Sí...

SRA. JOU. Pues bien... que estas rencillas acabarán en casamiento.

SRA. SAN. ¡Oh, amiga mía! ¿Qué está usted diciendo?

TREV. ¿Qué diablos le hemos hecho á usted para que tenga tan malos deseos?

SRA. SAN. Nunca hubiera creído de usted, tan amable, semejante cosa

TREV. ¡Usted tan buena!

SRA. SAN. ¡Tan afectuosa!

TREV. ¡Quién lo diría! ¡Jenny!

SRA. SAN. ¡Oh!

SRA. JOU. ¡Bravo! Por fin están ustedes de acuerdo en algo. Era todo lo que deseaba. Y ahora, que haya paz. Vamos. . dense ustedes la mano.

SRA. SAN. (Tendiéndosela á Trevoux.) ¡Monstruo!

TREV. ¡Se pone usted tan bonita cuando se enfada!

SRA. SAN. (Con coquetería.) ¿Lo dice usted en serio?

TREV. ¡Ya lo creo!

SRA. SAN. ¡Qué burlón es usted!

TREV. Sí... sí... Anteayer sin ir más lejos, cuando discutíamos á propósito de... de... de... ¿á propósito de qué discutíamos? ¿Lo recuerda usted?

SRA SAN. ¿Anteayer?... No recuerdo... Deberíamos anotarlo .. llevar un registro... ¿qué le parece?

TREV. Sus ojos tenían una expresión...

SRA. SAN. ¡Ah!...

TREV. Sí... una expresión... adorable... cambiaban de color á cada instante, como la ola bajo la luz solar.

SRA. JOU. ¡Ay! .. Se ponen ustedes aun más insoportables cuando se echan piropos.

SRA SAN. Sí, es verdad. De todos modos la molestamos á usted

SRA. JOU. Bueno; hablemos de cosas serias.

TREV ¿Acaso estamos de broma?

SRA. JOU. ¿Conoce usted á la señora de Langeac?

TREV. Sí... algo...

SRA. JOU. ¿Qué le parece á usted su hija?

TREV. Muy graciosa.

SRA. SAN. Y muy bonita.

TREV. Perdone usted; pero la señora Jouvenel desea conocer *mi* opinión.

SRA. JOU. ¿Y qué pensaría usted si la señorita de Langeac?...

TREV. No continúe usted. Desea usted hacerla su nuera, ¿verdad?

SRA. JOU. No va usted descaminado.

TREV. ¿Habló usted ya de esto con su hijo?

SRA. JOU. No. Enrique aún no sabe nada.

TREV. ¿Nada? Créame usted que Enrique no es un muchacho capaz de cometer una tontería.

SRA. JOU. ¿Tontería?

TREV. ¿Pero quién ha tenido semejante idea?

SRA. SAN. Yo, señor.

TREV. ¿Usted, señora? No me sorprende. Mejor dicho, me asombra mucho.

SRA. SAN. ¿Por qué? ¿Se puede saber?

TREV. Porque cuando se ha sido tan desgraciada en el matrimonio, como usted dice, se debe hacer hasta lo imposible para impedir que se casen los demás.

SRA. SAN. ¡Jesús, qué hombre! ¡Estarían frescos los que siguieran sus consejos! ¡Usted no es más que un viejo solterón!

SRA. JOU. Pero, ¿vuelven ustedes á empezar?

TREV. ¿Viejo?... No tanto... Se lo aseguro á usted. ¿Solterón? ¡Solteron! Eso sí... Poderse acostar uno á la hora que le da la gana, y levantarse cuando se siente aburrido; bostezar al abrir los ojos, sin tener á nadie al lado que le moleste... En una palabra, ser libre. Libre de respirar, de vivir á gusto, de amar cuando á uno le parezca... Si cree usted que esto no vale la pena de tenerse en cuenta, hágame usted el favor de decirme cuales son las cosas que puedan hacer amable la vida.

SRA. JOU. Según usted, no existe ningún matrimonio feliz.

SRA. SAN. No le haga usted caso. A pesar de sus cabellos que empiezan á encanecer... Sí, señor,

que empiezan á encanecer... El día que encuentre en su camino una mujer joven...

TREV. ¿Por qué joven? ¿Para qué quiere usted que sea precisamente joven?

SRA SAN. Bien... una mujer... suprimo lo de joven... si á usted le parece.

TREV. Sí... me parece.

SRA. SAN. Entonces no será usted ni más listo, ni más fuerte que los demás hombres.

TREV. Aun no ha nacido la mujer que deba caerme en suerte.

SRA. SAN. ¡¡Qué deba caerle!! ¡Qué lenguaje tan fino!

TREV. El hecho es...

SRA. JOU. (Vivamente.) ¡Trevoux!

SRA. SAN. ¿Por qué Enrique no podría ser tan feliz como su padre, y por qué no había de encontrar una mujer tan buena como su propia madre?

TREV. No... permítame... El matrimonio Jouvenel es una hermosísima excepción de la regla general.

SRA. JOU. Usted exagera.

TREV. ¿Ha visto usted otros esposos como Jacobo y Jenny? ¡Jamás!

SRA. SAN. En cuanto á eso, la verdad es...

TREV. Y esta cordialidad no data de ayer, ni de hace diez años Hace veinticinco años que son felices... Y lo más gracioso de todo esto es que ambos tienen caracteres diametralmente opuestos. ¿Verdad, Jenny?

SRA. JOU. Sí... es así... pero no hay que decirlo...

TREV. Jenny tiene ideas vanzadas. Comprende á la juventud y admite el modernismo. Jacobo no es hombre de ideas estrechas, pero es exageradamente moral, intransigente y atrasado. No obstante está hecho con pasta de ángeles. No era así de soltero. ¡Lo veo aún con su aspecto de conquistador!... Pero, amiga mía, se enamoró de Jenny y todo cambió! «Me caso con una niña muy seira, querido amigo»—me dijo—y desde aquel instante mi Jacobo fué el más meticuloso de los hombres.

SRA. JOU. No tanto...

TREV. ¡Vamos, no me diga usted que no! Para probarlo, hé aquí un libro medio escondido bajo esta carpeta .. (Lo lee.) *Las Vírgenes del Faubourg Montmartre* debe ser un libro de un materialismo repugnante...

SRA. JOU. ¡Oh... no!

TREV. ¿No? Pues entonces voy á pedírselo prestado á Jacobo.

SRA. JOU. (Quitándoselo.) ¿Quiere usted darme eso?

TREV. (A la señora Santenay, que ha sacado su carterita y un lapiz.) Ah... ¿Usted anota el título para comprarlo? Pronto... antes que Jenny lo oculte á la mirada severa de su marido.

SRA. JOU. Ya lo creo que lo ocultaré, como le oculto otras muchas cosas á mi Jacobo. Amo de veras á mi esposo y procuro evitarle toda pena ó simple disgusto. Parece, querido Trevoux, que Jacobo y yo hemos hecho el mismo juramento sin comunicárnoslo: el juramento de ser felices. Y realmente lo somos. Cuando él dice «negro», aunque sea blanco, hago un pequeño esfuerzo, y en el acto el color toma para mí el tinte que él desea. No soy devota, y sin embargo voy á la iglesia, porque sé que le disgustaría si yo no fuera.

TREV. ¡Y él no pisa jamás una iglesia!

SRA. JOU. Es verdad que le conozco á él más que él á mí, pero, ¿quién les dice á ustedes que esto no sea mejor para nuestro propio bien? Desde los primeros días de mi casamiento, me tracé una línea de conducta que consistía en escuchar y en hacer todo lo que mi esposo deseara. Nuestra felicidad viene de esta norma de conducta. Y no se devanen los sesos en buscar otras causas.

TREV. (A la señora Santenay.) ¿Qué le pasa á usted? Tiene usted los ojos llenos de lágrimas.

SRA. SAN. (Con la garganta oprimida.) Es que me ha conmovido esa relación tan tierna.

TREV. No... Sea usted franca. Usted lamenta no haberse trazado también una línea de conducta que le hubiera permitido hacer muy feliz á su marido.

SRA. SAN. ¡Oh... no... eso no!
TREV. Tiene usted razón. Sus ojos ya están secos. (Suena la campanilla de la calle.)
SRA. JOU. Llaman. Debe ser la señora de Langeac. Y Jacobo sin venir.
TREV. ¿Cómo? ¿El sabe que...?
SRA. JOU. Absolutamente nada. ¡Y Enrique, que tampoco ha vuelto!
CRIADO (Anunciando.) La señora de Langeac.
SRA. JOU. Que pase... que pase...
TREV. Yo me retiro.
SRA. SAN. De ninguna manera. Usted se queda aquí.

ESCENA IV

DICHOS, la SEÑORA DE LANGEAC y GENOVEVA

SRA. LAN. Muy buenas tardes, querida amiga. (A la señora de Santenay.) ¿Cómo está usted? ¡Ah! el señor Trevoux. (Presentando.) Mi hija; el señor Trevoux.
TREV. Señorita...
SRA. JOU. Tomen ustedes asiento.
SRA. LAN. Un momento nada más... La señora de Jouvenel nos disculpará esta visita de médico, pero como la señora de Santenay, come esta noche con nosotras y vivimos algo lejos... ¿El señor Jouvenel, está bien? ¿Y su hijo, señora, también? La verdad es que no nos vemos desde el último baile en casa de la señora de Chally... ¡Ah!... Genoveva salió rendida de tanto bailar. Pero á su edad no hay cansancio ni dolores... Veinticuatro horas después, no pedía otra cosa que volver á empezar. ¿Verdad, Genoveva?
GEN. Sí, mamá.
SRA. LAN. ¡Oh! para los placeres y las fiestas siempre tiene listo el «sí, mamá.»
SRA. JOU. ¿Qué quiere usted?... Todas hemos sido iguales á los veinte años.
SRA. LAN. Genoveva tiene diez y nueve.

SRA. SAN. ¡Qué gusto el de madame Lacarrére para los sombreros!

SRA. JOU. Cierto. Es precioso el de Genoveva.

TREV. (Bueno. La conversación va á tomar un giro interesante.)

SRA. LAN. Su clientela aumenta de un modo extraordinario. Todas las artistas van á su casa, lo mismo que todas las... (Interrumpiéndose.) Genoveva, hija mía, vete un rato al balcón.

SRA. JOU. ¡Cómo! ¿Usted quiere que?...

SRA. LAN. Sí... sí... al balcón. Es cuestión de principios... todas las muchachas jóvenes... (En voz baja.) lo mismo que todas las *cocotts*. Figúrense ustedes que el otro día le ha ocurrido á una de estas damas un percance bastante divertido... Voy á contarlo... pero, no; prefiero contarlo en otra ocasión.

SRA. SAN. ¿Por qué no ahora?

SRA. LAN. Porque la niña podría oir... es mejor dejarlo para otro momento... Genoveva, hija mía, ya puedes venir.

SRA. JOU. ¿Una taza de té?

SRA. LAN. No... muchas gracias. Son ya las seis y nosotros comemos á las siete.

SRA. JOU. Pero, quizá Genoveva...

GEN. Muchas gracias. Hace poco rato que he comido pastas.

SRA. JOU. Si es así...

SRA. LAN. Vamos á marcharnos sin tener el placer de saludar al señor Jouvenel.

SRA. JOU. Ya debiera estar en casa. Nunca viene después de las seis. No se marchen tan pronto. Mi hijo sentiría no ver á ustedes. Sobre todo á Genoveva, que es tan encantadora.

SRA. LAN. ¿Oyes, Genoveva?

GEN. Sí, mamá.

TREV. (A la señora Santenay.) ¡Esto marcha! ¡Qué crimen!

SRA. SAN. ¡Usted se calla!

SRA. LAN. Por su parte, querida amiga, usted no tiene nada que desear. No es un hijo lo que le ha deparado la suerte. ¡Es una perla!

SRA. JOU. Me colma usted de satisfacciones.

SRA. LAN. Es abogado, ¿verdad?

SRA. JOU. Sí, abogado.

GEN. (Contentísima.) Abogado, mamá. ¡Qué profesión más honrosa!

SRA. LAN. ¿Ya ha ganado algún pleito seguramente?

GEN. Sí; ya te lo conté, mamá. Su hijo, señora, me refirió la defensa que hizo mientras dábamos unas vueltas de vals en casa de la señora de Chally. Parece que defendió á un pobre hombre que mató á su suegra en un momento de cólera. Su defensa fué tan hermosa, tan calurosa, tan nerviosa, tan elocuente, tan diestramente llevada, tan...

SRA. LAN. Concluye, hija mía.

GEN. Que el pobre hombre fué absuelto.

SRA. JOU. La verdad es que tuvo aquel día un gran éxito.

SRA. LAN ¡Una absolución! Ha debido ganar una buena suma.

SRA. JOU. ¡Oh, no!.. Cuando se empieza, usted sabe que es difícil ganar dinero. Por el contrario, Enrique le dió al asesino cien francos para que le dejara hacerse cargo de la defensa.

SRA. LAN. ¡Qué espanto! Saber que un hombre ha cometido un asesinato y encontrar las palabras necesarias para...

GEN. Pero precisamente en eso consiste el talento, mamá.

SRA. LAN. Ya lo sé, hija mía.

SRA. JOU. Mi marido.

SRA. LAN. (Rápidamente á su hija.) Acostúmbrate á no darme lecciones delante de los extraños... y si quieres agradar, no seas tonta.

ESCENA V

DICHOS y el SEÑOR JOUVENEL

SR. JOU. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo está usted, señora? Señorita... ¿Y usted, amiga mía? Hola, ¿cómo estás? ¿Y tú, Jenny? (Besa á su mujer.)

SRA. JOU. ¿Por qué vienes tan tarde?

SR. JOU. Ese diablo de Lesant me entretuvo en el

Club. Si yo hubiera sabido que la señora de Langeac estaba aquí, habría abandonado en el acto mi partida de *besigue*. Pero me había propuesto acusar las 4.500 antes de marcharme, y ya saben ustedes que cuando las cartas se niegan á salir...

TREV. ¿Y te salieron por fin?

SR. JOU. ¿Las 4.500? Ni una sola vez. Y bien, Genoveva, ¿qué ha sido de su vida de usted, que no se la ve por ninguna parte después del famoso baile?

GEN. (Bajando la cabeza.) Señor...

SRA. LAN. Niña, ponte derecha.

SR. JOU. ¡Cómo bailaba! Era preciso verla; vals, polka, mazurka...

GEN. No señor, se equivoca. Ya no se usa bailar polkas ni mazurkas.

SR. JOU. ¿Ah, sí? En mis tiempos yo bailaba de todo.

TREV. ¿Tú? Qué habías tú de bailar...

SR. JOU. ¿Estás seguro?

TREV. Completamente seguro. Recuerdo muy bien que fuí yo quien hizo valsar á tu mujer la noche de tu boda.

SR. JOU. Es cierto... ¡Ah, apropósito! ¿Saben ustedes que ese viejo embrollón de Demouville?...

SRA. LAN. Genoveva, vete á mirar un poco por el balcón.

GEN. Voy, mamá.

SRA. LAN. Le conozco mucho. ¿Qué le ha pasado?

SR. JOU. Parece que...

TREV. Mal sistema el que usted emplea, señora.

SRA. LAN. ¿Qué sistema?

TREV. El sistema del balcón.

SR. JOU. (A su mujer.) ¿No sé si te has fijado que cada vez que voy á contar algo, Trevoux siente inmediatamente la necesidad de cortarme la palabra?

TREV. ¿Yo?

SR. JOU. Tú; lo haces sin querer probablemente...

TREV. Bueno, no diré nada.

SR. JOU. Disgústate ahora...

SRA. JOU. Vamos, Jacobo, continúa.

SR. JOU. No, no sigo. Y además, mi asunto no tiene interés.

SRA. LAN. De verdad... ¿no quiere usted contarnos?
SR. JOU. No, no... Ya se lo contaré á usted en otra ocasión.
GEN. (Desde el balcón.) ¿Puedo volver?
SR. JOU. ¡Ya lo creo!
SRA. LAN. Nosotras nos vamos. Se nos hace tarde.
SRA. JOU. Cuánto siento que se marchen sin ver á mi hijo...
SRA. LAN. Hasta muy pronto, ¿verdad? Genoveva, despídete.
GEN. Adiós, señora. Caballero...
SRA. SAN. (A Trevoux) Hasta mañana sin falta. Adiós, señor Jouvenel.
TREV. ¡Qué ojos tiene usted, señora!
SRA. SAN. Adiós... ¡Já, já!... (Vanse las señoras)

ESCENA VI

SEÑORA JOUVENEL, TREVOUX y SEÑOR JOUVENEL

SRA. JOU. Querido Jácobo: ahora que se han ido, voy á darte una gran noticia.
SR. JOU. Yo también tengo que darte otra. Comienza.
SRA. JOU. La señorita de Langeac está enamorada de Enrique, y la señora de Santenay está convencida de que si Enrique le hiciera un poco la corte, la señora de Langeac...
SR. JOU. (Interrumpiendo.) Sí... muy bien. Tu señor hijo, á quien creíamos tan circunspecto, tan virtuoso...
SRA. JOU. ¿Qué le pasa? ¿Tiene deudas?
SR. JOU. Si no fuera más que eso...
SRA. JOU. Me asustas. Habla.
SR. JOU. Tiene una querida. (Volviéndose hacia Trevoux.) Sí, Trevoux, una querida.
SRA. JOU. (Sonriendo y aparte.) ¡Oh!
SR. JOU. ¿Qué dices á esto, Jenny?
SRA. JOU. (Vacilante.) Dios mío, yo...
SR. JOU. A los veinticincinco años, á los veinticuatro años y medio ¡tener una querida propia!
TREV. ¿Preferirías que tuviera una querida de otro?
SR. JOU. No tengo preferencias respecto á esto. Vamos, Jenny, dame tu opinión.

SRA. JOU. ¡Qué quieres que te diga!

SR. JOU. (Paseándose.) ¡Una querida á los veinticuatro años!

TREV. (Dentro de poco, Enrique va á tener diez años.)

SR. JOU. Y ya hace cinco, cinco, que la tiene. Y siempre la misma.

SRA. JOU. ¿Una mujer alegre?

SR. JOU. Probablemente.

SRA. JOU. ¿Por quién lo has sabido?

SR. JOU. Por el padre de Teodoro Bignon, ese mal sujeto.

TREV. Mal sujeto, quién, ¿el padre?

SR. JOU. No, el hijo

TREV. ¡Pero qué demonios! Enrique es un muchacho serio

SR. JOU. No digo lo contrario. Es además trabajador, cariñoso, agradecido.

TREV. Total, que no tiene más defecto que...

SRA. JOU. (¡Cinco años!)

SR. JOU. (Bajo á Trevoux.) ¿Lo ves? Ahí la tienes, trastornada... Voy á dejarte un instante sólo con ella. Procura tranquilizarla. (Alto.) No te disgustes. Le casaremos cuanto antes con una mujer honesta. Ya vuelvo... (Bajo á Trevoux.) Anda, háblala. (Al llegar al dintel de la puerta hace señas á Trevoux para que consuele á su mujer.)

ESCENA VII

SEÑORA JOUVENEL y TREVOUX

TREV. Vamos, señora... Es una puerilidad infantil afligirse. A la edad de Enrique esa es la cosa más natural.

SRA. JOU. Sí, claro, ya lo sé. Si yo le dijera á usted que en el fondo me alegro. Siempre solía decirme á mí misma: «Este pobre muchacho es demasiado formal.»

TREV. ¡Claro!

SRA. JOU. No hace locuras, ¿verdad?

TREV. ¡Qué ha de hacerlas, señora!

SRA. JOU. Eso es lo principal. ¿Se trata de una *cocotte*?
TREV. No.
SRA. JOU. ¿Está usted seguro?
TREV. Sí.
SRA. JOU. ¿Cómo lo sabe usted?
TREV. (Vacilando.) Yo no sé nada. Digo esto como podía decir otra cosa.
SRA. JOU. Enrique se separará de ella cuando lo casemos.
TREV. ¡Claro! Pero entretanto, convengamos, mi querida Jenny, que usted no tiene ni pizca de valor para afrontar situaciones como la presente. Francamente... por una vez tan sólo pudo usted hablar abandonando su norma de conducta y no estar de acuerdo con su marido.
SRA. JOU. ¡Pero si está furioso! Disimula por no disgustarme.
TREV. Y usted disimula también por la misma razón. ¡Qué matrimonio!
SRA. JOU Silencio, que vuelve.

ESCENA VIII

DICHOS, SEÑOR JOUVENEL y luego ENRIQUE

SR. JOU. Muy bien... muy bien. Parece que el señorito Enrique no tiene prisa de regresar á su casa. Estará sin duda en la de esa... señorita.
ENR. (Que entra con aspecto muy alegre y va á besar á su madre.) Buenas noches, mamá.
SRA. JOU (A media voz y con mucha ternura.) Buenas noches, hijo mío.
ENR. (Yendo á besar al padre.) ¿Cómo estás, papá?
SR. JOU. (Con frialdad.) Buenas noches.
ENR. ¿Cómo está usted, señor Trevoux?
TREV. Bien, ¿y tú, Enrique? (Rápidamente y en voz baja.) Lo saben todo.
SR. JOU. Me parece, hijo mio, que vuelves muy tarde.
ENR. No, papá; no son más que las siete menos cuarto. Es muy raro que regrese antes...
SR. JOU. Tienes razón. (Por lo bajo á su mujer.) ¿Com-

prendes? Es para iniciar el ataque. (Alto.) ¿Y... qué cuentas de bueno?

ENR.— Nada que merezca la pena de contarse. He pasado mi tiempo en los malecones del Sena, revolviendo libros viejos.

SR. JOU. ¡Ah! ¡Revolviendo libros viejos!

ENR. Sí; al salir del palacio...

SR. JOU. (Rápidamente.) De la mujer.

ENR. No, papá... ¿Cómo del palacio de la mujer? Eso estaba en la Exposición Del palacio de Justicia.

SR. JOU. Sí... ya lo entiendo... (Pausa.) Mira, hijo mío. ¿Decías algo?

TREV. Nada.

SR. JOU. ¡Ah... bueno! Mira, hijo mío... sería mucho más digno que me abrieras tu corazón.

ENR. ¡Pero, padre mío!

SR. JOU. Déjame terminar. Existe entre los dos lo que no ha debido existir jamás: un secreto. Este secreto data desde hace dos años, y al decir dos... son tres... y cuando digo tres.. son cuatro... si no son más. Bueno, ahora que ya sabes de lo que se trata, te escucho. Habla. (A su mujer.) ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué te parece?

SRA. JOU (A media voz.) Muy bien, Jacobo.

ENR. No te comprendo, padre mío.

SR. JOU. Estoy avergonzado... te lo repito... al verme obligado á entablar contigo, delante de tu madre, semejante conversación.

ENR. (Estupefacto.) ¡Pero si todavía no me has dicho nada, papá!

SR. JOU. (Levantando las manos al cielo.) ¡Qué perspicacia para un abogado!

ENR. No veo la relación.

SRA. JOU. ¿Quieres que me vaya?

SR. JOU. De ninguna manera... aunque sé perfectamente todo el daño que te ocasionaremos... Y ahora, pocas palabras. (Pausa.) ¿Qué te parece la señorita de Langeac?

ENR. (Muy naturalmente.) Que es una señorita muy distinguida.

SR. JOU. Eso es poco.

ENR. Sin embargo...

SR. JOU. Has debido decir la verdad: que es muy bonita.

SRA. JOU. ¡Que tiene unos ojos!...

SR. JOU. ¡Ah! ¡Unos ojos!... ¿Oyes á tu madre?... Y además, muy inteligente.

ENR. ¡Oh... inteligente!...

SR. JOU. Altamente, lo repito. Pues bien, si te la dieran, ¿la tomarías?

ENR. ¿Para qué?

SR. JOU. ¿Cómo, para qué?

ENR. Sí.

SR. JOU. Tú estás en Babia. Para que la hagas tu esposa... Creo que no te imaginarás que te la íbamos á dar para otra cosa.

ENR. Cierto, pero...

SR. JOU. ¡Qué pero, ni qué pero!... No te conocía bajo ese aspecto; no te creía tan depravado.

ENR. ¿Yo... depravado?

SR. JOU. Bueno, basta de indirectas. Tú... tú... tienes una querida.

ENR. (Pausa.) Es cierto, padre mío.

SR. JOU. Te ruego, esposa mía, que me perdones si entro de lleno en semejantes asuntos delante de tí. Pero tú sabes adonde queremos llegar.

TREV. (Vivamente y en voz baja á Enripue.) Defiéndete bien.

SR. JOU. ¿Qué edad tiene? ¿Treinta y cinco, treinta y seis, treinta y ocho?...

ENR. Tiene veintidós años.

SR. JOU. (Estallando en risa.) ¡Já, já!

TREV. ¿Qué te pasa?

SR. JOU. (Riéndose.) ¡Já, já!... Seguiría riéndome con todas mis fuerzas si la situación no fuera tan triste. ¡Veintidós años! Vamos, vamos, hijo mío. No pretenderás que tu padre comulgue con ruedas de molino. A los veinticuatro años no se tienen queridas jóvenes.

ENR. Sin embargo...

SR. JOU. Eso sería el mundo al revés. Terminemos. Es necesario; indispensable, que abandones á esa... persona.

ENR. (Emocionado.) Pero yo la amo, padre mío.

SR. JOU. Déjate de decir niñerías...

ENR. Te lo juro con toda mi alma.

SRA. JOU. (Muy conmovida y bajo á Enrique.) ¡Hijo mío!

ENR. (Con calor.) ¡Sí... madre mía, la adoro! Escúchame, papá... Es muy difícil para un hijo... explicar á su padre... pero no; escúchame, te lo ruego. Tú sabes el profundo respeto y la ternura infinita que tengo por tí y por mamá. Sabes que he hecho y que haré siempre todo lo que sea humanamente posible hacer, para complaceros, para contentaros... no, déjame, déjame concluir... Siempre os he obedecido ciegamente, convencido de que no podíais ordenarme otras cosas que lo bueno y lo bello. ¿Pero, padre mío, crees tú tener el derecho de decirme: «cesa de amar á esta para amar á esta otra?» No... ¿verdad que no lo crees? Mi corazón es todo vuestro, pero también algo de él me pertenece, y no es posible que tú pretendas matar de un solo golpe, todas las esperanzas que ella y yo hemos concebido...

SR. JOU. ¿Y qué esperanzas habéis concebido?

ENR. Las de un inmenso cariño.

SR. JOU. (Con un gran suspiro de satisfacción.) Bien... bien... Y naturalmente que todo el dinero que te doy... pasa de tu bolsillo á...

ENR. ¡Oh... padre mío.. no tengo sino doscientos cincuenta francos mensuales!

SR. JOU. Enséñame el dinero que llevas.

ENR. No tengo, lo confieso.

SR. JOU. ¿Que no tienes dinero?

ENR. No...

SR. JOU. Es incomprensible.

ENR. ¡Pero si estamos á veintiocho de mes!...

SR. JOU. Cierto... Y... ¿te es muy fiel?

ENR. (Sonriendo) ¡Oh!... sí, papá.

SR. JOU. ¡Y se lo cree el muy tonto! ¿Te figuras que con doscientos cincuenta francos?...

ENR. Ella trabaja además. Es una obrera.

SR. JOU. Bueno, bueno; no hablemos más... Tú harás lo que yo te mande.

ENR. Me veré obligado á desobedecerte por primera vez en mi vida.

SR. JOU. ¿Y por qué?

ENR. Por tres razones; la primera, porque la amo; la segunda, porque he sido yo el que la ha seducido...

SR. JOU. ¡Ah!... ¿Sí? ¿Y la tercera?

ENR. Porque tengo un hijo.

SR. JOU. Eso no es verdad.

ENR. Te lo juro.

SR. JOU. Te digo que no es verdad.

ENR. (Sacando un retrato.) Aquí le tienes.

SR. JOU. (Arrebatándole el retrato.) ¡Un niño! ¡Un niño! ¡Jenny! ¡Trevoux!... ¡Un niño! (A Enrique.) Váyase usted inmediatamente á su cuarto. Su madre y yo tenemos que deliberar. (Enrique se va. Abrazando á su esposa.) ¡Ah, pobre esposa mía!

SRA. JOU. (Sin emocionarse.) Déjame verlo. (Rodean á Jouvenel y contemplan los tres largo rato el retrato. La señora Jouvenel, sonríe amablemente. Su marido no ve esta sonrisa.)

SR. JOU. ¡Un niño! ¡Es realmente un niño!

SRA. JOU. ¡Y qué niño tan hermoso!

SR. JOU. ¿Qué dices?

SRA. JOU. Nada.

SR. JOU. Un varoncito. De cuatro años, poco más ó menos.

SRA. JOU. Es la vera efigie de Enrique.

TREV. ¡La misma nariz!

SR. JOU. ¡Los mismos ojos!

SRA. JOU. ¡La misma boca!

SR. JOU. No tiene nada de su madre.

TREV. ¿Y qué sabes tú si no la conoces?

SR. JOU. ¡Basta, basta, basta! Supongo que no nos vamos á enternecer con este muñeco. (Saca la cartera y va á guardar el retrato.)

SRA. JOU. ¿Qué es lo que haces? Me imagino que no te guardarás esa fotografía. (Se la quita.)

SR. JOU. Tienes razón.

CRIADO (Abriendo la puerta.) La comida está servida. (En este instante, la señora de Jouvenel se guarda el retrato.)

SR. JOU. Bueno, á la mesa. ¿Vamos?

TREV. ¿Y Enrique? Me parece que porque tenga un hijo no le vas á prohibir que coma.

SR. JOU. No... Para hacerme obedecer no necesito si-

tiarle por hambre. (Va hacia la derecha y llama.) ¡Enrique! ¡Enrique! (Enrique sale.) Vamos á comer; mañana á primera hora hablaremos seriamente.

TREV. (A primera hora... ¡Já, já!)

SR. JOU. Jenny... Trevoux... Vamos.

SRA. JOU. Sí... (Aprovecha el instante en que el señor Jouvenel se dirige al comedor para detener á Enrique.) Enrique...

ENR. Mamá...

SRA. JOU. (Rápidamente le da un billete de cien francos.) Toma... toma... pero que tu padre no lo sepa.

SR. JOU. (Desde el comedor.) ¡Enrique! ¡Jenny!

SRA. JOU. (Dirigiéndose al comedor y poniendo un dedo sobre sus labios en señal de silencio.) ¡Chist! ¡Chist! Voy... voy...

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Sala muy modesta. En los segundos términos, á derecha é izquierda, una puerta; chimenea en primero derecha. Delante de la chimenea, espaldas al público, un gran sillón Voltaire, giratorio. En la izquierda, una mesita de trabajo de florista y encima todo lo necesario para hacer flores. En el centro, un pequeño velador y encima una gran caja llena de flores artificiales. En el foro derecha, una consola y encima varias plantas artificiales, cajas y tres portaretratos, uno de hombre, otro de mujer y el otro de un niño como de cuatro años, y en la izquierda, un sofá; todos estos muebles muy modestos.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, ROBERTO y MARÍA. Al levantarse el telón aparecen María trabajando en sus flores, Enrique, frente á ella, leyendo, y Roberto arrodillado en el suelo jugando con un ferrocarril de latón

ROB. (Después de un prolongado silencio. En voz alta.) El tren va á salir... ¡Señores viajeros, al tren!

MARÍA (Dulcemente.) Robertito, no metas tanto ruido.

ROB. Es que ha llegado el momento de partir.

MARÍA Pues bien, haz la salida en silencio.

ROB. (A media voz.) El tren va á salir... ¡Señores viajeros, al tren!

MARÍA Eso es... así.

ROB. (Muy fuerte.) ¡Hemos llegado! ¡Que baje todo el mundo!

MARÍA ¡Roberto! Enrique, dile que se calle.
ENR. Robertito, obedece á tu mamá.
ROB. Pero, papá... si hemos llegado.
MARÍA ¡Oh!... has tenido una excelente idea al comprarle un ferrocarril.
ENR. Al fin y al cabo hace menos ruido que una corneta. ¿No estás fatigada?
MARÍA ¿Fatigada? ¿Acaso se fatiga una cuando es feliz?
ENR. ¡Mi querida María!
MARÍA ¿Quieres alcanzarme un tallo?
ENR. ¿Un tallo?
MARÍA Sí, un pedazo de alambre... Nunca has querido que te explique...
ENR. Vaya... me resigno. Para hacer, ó mejor dicho, para armar una flor artificial...
MARÍA Eso es... búrlate.
ENR. No, hija; no.
MARÍA Acércate al menos. Más... más... más aún.
ENR. ¿Esto también es del programa?
MARÍA Sí, señor.
ROB. (Que ha cogido una muñeca.) Mamá, ya he encontrado otro pasajero.
MARÍA ¡Chist!..
ENR. Hazlo subir en un coche de primera.
ROB. Es demasiado grande, ¡no cabe!
MARÍA (Continuando.) Se toma ante todo un tallo como este. Se pone algodón alrededor, en esta forma.
ENR. ¡Qué deditos!
MARÍA Se toma en seguida la flor...
ENR. La flor.
MARÍA Alcánzame una.
ENR. ¿Un bleut?
MARÍA O una rosa... lo que quieras.
ENR. Una rosa. Espera un poco.
MARÍA ¿Qué ocurre?
ENR. Abre bien los ojos.
MARÍA ¿Tengo algo?
ENR. Ciérralos ahora. (La besa apasionamente.)
ROB. (Que los ve.) ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!...
MARÍA Estate quieto, que el niño nos observa.
ENR. Tienes razón.
MARÍA Continuemos con nuestra flor. La aseguro

con un pedazo de alambre, en seguida el cáliz; lo introduzco en este tubito de goma, tubito que forma el tronco. Confiesa que está bien imitado.

ENR. ¡Ya lo creo!

MARÍA En seguida las hojas... Las he agregado, después de formadas, un pedacito muy delgado de latón que disimulo cuidadosamente con papel verde... Ahora las coloco disimuladamente y... la flor está hecha. ¿Eh? Ya no falta mas que colocarla en un florero ó sobre el pecho de una dama He ahí todo.

ENR. Lo que te produce una ganancia de veinticinco céntimos.

MARÍA Ni uno menos.

ENR. Es maravilloso. (La besa.)

MARÍA Maravilloso, no; pero sí delicado... gracioso; gano cinco francos por día.

ENR. Pues bien, si tú quisieras complacerme, dejarías tus tallos, tus tubos, tus hojas...

MARÍA No... no... Te lo ruego, Enrique. No volvamos á lo mismo. Ya sabes lo que te he dicho. ¡Con que estoy muy incomodada contigo por haberme tomado un cuarto tan caro!

ENR. (Burlón.) En efecto... Seiscientos francos por año.

MARÍA Seiscientos ciencuenta, si te parece.

ROB. (A media voz) ¿Sabes, mamá, que el pasajero no quiere entrar al vagón?

MARÍA Pues llévalo preso.

ROB. ¿Dónde está la prisión?

MARÍA Déjanos tranquilos... Me voy, Enrique. Ya es tarde. (Arregla las flores en una cajita.)

ENR. Deja... no te incomodes. Iré yo...

MARÍA ¿Sí?... Pero, no... no.. Madame Vargas, al verte tan á menudo concluirá por preguntarse quien es el buen amigo y buen mozo que entrega el trabajo de la florista María.

ENR. ¿Lo crees?

MARÍA Sí... Eres demasiado elegante.

ENR. Entonces...

MARÍA (Sonriendo.) Entonces... vé, á pesar de todo.

ENR. ¿Por qué temes?

MARÍA Por nada. Te será molesto ir hasta allí, ¿eh?

ENR. No.
MARÍA Está tan lejos el boulevard Magenta... Si tú quieres...
ENR. Lo que quiero es que no digas tonterías...
MARÍA ¿Me amas?
ENR. Locamente. ¿Estás contenta?
MARÍA Como no lo he estado nunca.
ENR. Hasta luego. (Se abrazan.)
ROB. (A media voz.) No te olvides de lo que me has prometido.
ENR. No.
MARÍA Pedigüeño... cállate.
ENR. Adiós... (Vase por el foro.)

ESCENA II

MARÍA y ROBERTO. María pone en orden la mesa

ROB. Mamá.
MARÍA ¿Qué quieres, ángel mío?
ROB. El pasajero entró.
MARÍA ¿Ves? .. Con un poco de paciencia... (Aproximándose al chico.) ¡Oh! Desgraciado, ¿también á esta muñeca le has roto la cabeza?
ROB. Si era la cabeza la que no le dejaba entrar... (Se oye un ronquido.)
MARÍA (A media voz; besándole) Estate quietecito, ¿eh? Vuelvo al momento. (Vase.)

ESCENA III

ROBERTO y JOUVENEL

ROB. (Cesa de jugar. Se pasea por la habitación en puntas de pies. Otro ronquido. Se acerca al sillón de la estufa.) ¿Duermes? Dímelo.
SR. JOU. (Sobresaltado y haciendo girar el sillón.) ¿Qué?... ¿Qué?... ¿Qué ocurre?... (Alegre.) ¡Ah!... Eres tú, ¿muñeco mío?
ROB. ¿Dormías?
SR. JOU. ¿Yo, dormir? Cá...
ROB. Entonces, ¿por qué hacías orr?

Sr. Jou. (Abriendo la boca.) Para distraerme.
Rob. ¡Ah!....
Sr. Jou. Tú te diviertes con los juguetes y yo en hacer orr. ¿Comprendes?
Rob. Sí.
Sr. Jou. Ahí tienes la explicación. Y ahora, dame un beso y un abrazo. (El niño salta sobre las rodillas de Jouvenel.) Pero con los dos bracitos... alrededor del cuello... ¡Fuerte! ¡Fuerte!
Rob. ¿No te he hecho daño?
Sr. Jou. ¿Te gusta besarme y abrazarme?
Rob. Sí.
Sr. Jou. ¿Por qué?
Rob. Porque eres bueno.
Sr. Jou. ¡Ah!... Vete... vete...
Rob. ¿Quieres que vaya á buscar á mamá?
Sr. Jou. Sí... corre... corre... (Vase Roberto dando saltos.)

ESCENA IV

JOUVENEL y después MARTINA

Sr. Jou. ¡Hasta dónde he llegado! ¡Qué le vamos ha hacer! Yo adoro á este angelito, como los viejos aman á su último hijo. ¡Si mi mujer llegara á saberlo! (Entra Martina con un plato y una rebanada de dulce.) Buenas tardes, mi buena Martina.
Mart. Buenas, señor Jouvenel.
Sr. Jou. Apostaría á que andas buscando á Roberto.
Mart. Sí. Es la hora de su merienda.
Sr. Jou. Acaba de marcharse al lado de su madre.
Mart. Gracias, señor Jouvenel. (Vase.)
Sr. Jou. ¡Es prodigioso! ¡Hasta á Martina la he tomado cariño!

ESCENA V

MARÍA y JOUVENEL

María (Sonriente.) ¿Ha dormido bien?
Sr. Jou. Como un lirón. He roncado mucho, ¿verdad?

MARÍA No...

SR. JOU ¿Enrique ha salido?

MARÍA Sí, señor; ha ido á hacerme un favor.

SR. JOU. Ven á sentarte aquí. Eso es. Me parece que no tienes hoy muy buena cara. Desde hace una semana, te encuentro paliducha...

MARÍA Sin embargo... nunca me he sentido mejor que ahora.

SR. JOU. Es preciso conservar la salud, hija mía... Porque al fin y al cabo, ¿qué es lo que te causa inquietud?

MARÍA Soy tan feliz... tan feliz... que yo misma destruyo toda mi alegría, haciéndome eternamente la misma pregunta, que me aterra...

SR. JOU. ¿Y esto va á continuar así?

MARÍA Sí...

SR. JOU. Y en definitiva, ¿qué es lo que te respondes á tí misma?

MARIA ¡Dios mío!..

SR. JOU. Tonterías, seguramente.

MARÍA Señor... reflexione usted... Yo ya no soy una niña... yo razono..

SR. JOU. ¿Que razonas?

MARÍA Ciertamente.

SR. JOU. ¿Y en qué consisten esos razonamientos?

MARÍA En preguntarme todos los días si esto no es un sueño. Póngase usted en mi lugar.

SR. JOU. ¡Es demasiado peliagudo lo que me propones!

MARÍA ¡Oh!... Yo lo he dicho sin malicia... Cuando yo pienso en todo lo que ha pasado... en todo lo que ocurre... me asalta una desconfianza atroz... Es demasiada felicidad.

SR. JOU. (Sonriendo.) Sí... porque eso no es natural...

MARÍA Yo he tenido la suerte de encontrar un ser que me ama como yo le amo á él: sinceramente. De este gran amor, ha nacido un niño, lo que habría bastado para que todo concluyera. Esto suele ocurrir, ¿verdad?

SR. JOU. Algunas veces.

MARÍA Pues bien... no... Este niño nos ha vinculado más cada día, cada minuto...

SR. JOU. (Lo comprendo.)

MARÍA (Emocionadísima.) Una noche, Roberto se que-

jaba; sentía pupa por todas partes... según decía. Yo le metí en su camita, y desde el momento en que estuvo acostado, le tomé sus manos con mis manos, y procuré distraerlo contándole historietas. Pensaba al propio tiempo: «No debe ser nada de gravedad... debe ser cansancio... ¡ha jugado tanto!» Al poco rato sus lágrimas cesaron, y al preguntarle: «¿Te distraen los cuentos? ¿debo continuar?...», Vi sus pobres ojitos que me miraban fijamente... «¡Roberto!—exclamé.—¿Dónde sientes mal? Habla... responde... vamos, Robertito... hijo... ángel mío... habla... te lo suplico... causas miedo á tu mamita...» ¡Me miraba, me seguía mirando con sus ojos brillantes!... ¡Y nada! ¡Ni una palabra... ni un sonido! Entonces creí que corría nieve por mis venas... ¡Llamé!... ¡llamé!... ¡Nadie! Martina había salido y yo me separaba del lecho para volver luego al lado de mi hijo, cada vez más afligida... Yo lo besaba... lo estrechaba... lo abrazaba... desfalleciente, loca de amor y de dolor... hice lo que todas las madres, tomar en mis brazos á mi hijo, rezar á la Virgen y echarme á llorar.

SR. JOU. (Conmovido.) Vamos... vamos...

MARÍA (Sollozando.) Es que cuando pienso en esto... Por fin Martina llegó... no le dejé ni aun tiempo para respirar. ¡Pobre vieja! Le enseñé el niño, gritándole: «Corre á buscar á Enrique», y le dí su dirección. Era preciso que yo hubiera perdido la cabeza, para atreverme á mandarle á buscar á casa de usted. Felizmente la señora de Jouvenel no estaba, y Enrique, desesperado con la noticia, lo puso á usted al corriente y se vino en seguida como loco. Apenas llegó Enrique, llamaron á la puerta. Me precipité, abrí y exclamé: «¡Ah, doctor, doctor!...» La persona que acababa de entrar consoló mi desesperación, y con voz muy dulce me dijo: «El doctor me sigue; llegará al instante.» La persona era usted... usted... ¡El padre de

Enrique! Usted estaba en mi casa, en casa de la pobre María, y olvidándose que yo no era, después de todo... si no la... la... amante de su hijo, tomó en brazos á mi Roberto. Y vi dos gruesas lágrimas que caían de sus ojos.

SR. JOU. (Abrumado por la emoción, con la cabeza sobre el pecho.) Ah... basta...

MARÍA Hace un mes de esto, y desde entonces usted no ha cesado de venir todos los días. Después de dos semanas que hace que nuestro niño está en pie, usted no ha suspendido sus buenas y honrosas visitas... ¡Y me pregunta por qué estoy pálida... emocionada!... ¡Dios mío! Es bien sencillo... ¡Si una sola alegría desvanece los malos días, tengo miedo que un mal momento desvanezca tanta ventura!

SR. JOU. Vamos, hija mía. No trates ahora de enternecernos. El niño... ha recuperado su salud... Enrique está aquí; tú... estás aquí... todos estamos aquí. Cállate, porque estas conversaciones me hacen mal.

MARÍA Perdón.

SR. JOU. No, lo digo en broma. Ahí vuelve Martina. Que no note nuestra emoción. (Se secan los ojos rápidamente.)

MARÍA (A Martina que entra.) ¿Ha comido bien?

SR. JOU. ¿Lo ha comido todo?

MART. ¡Oh! ¡oh! ¡Ya lo creo! Vean ustedes lo que ha dejado en el plato. (Enseñándolo vacío. Suena la campanilla.)

MARÍA Llaman, Martina.

MART. Voy, señora. (Vase.)

ESCENA VI

MARIA, el SEÑOR JOUVENEL; después ENRIQUE

SR. JOU. Debe ser Enrique.

MARÍA Me extrañaría mucho, porque ha ido al boulevard Magenta, que está bastante lejos.

SR. JOU. ¿Al boulevard Magenta? ¿Y qué ha ido á hacer?

MARÍA Ha ido á casa de madame Vargas.

SR. JOU. ¡Ah! ¿Ha ido á casa de madame Vargas? ¿Y quién es madame Vargas?

MARÍA Mi maestra... Enrique ha ido á llevarle mis flores.

SR. JOU. ¡Cómo! ¿Enrique va?...

MARÍA Sí, señor.

SR. JOU. ¡Vaya una ocupación para un abogado! ¡Son el demònio estos letrados! (Enrique entra, trayendo un cartón que contiene un traje de soldado, kepis, espada, etc.)

ENR. Heme aqui de vuelta.

MARÍA ¡Oh!... ¿más juguetes? ¿Cómo te has compuesto para volver tan pronto, si hace apenas un cuarto de hora?...

ENR. Te lo diré... Les diré á ustedes...

SR. JOU. ¡Un cuarto de hora! ¡Magnífico! ¡Vaya unas piernas!

ENR. Ah... no... he tomado un coche, papá.

SR. JOU. ¿Has tomado un coche?

ENR. ¡Claro!

SR. JOU. (A María.) ¿Cuánto ganas, hija mía?

MARÍA Cinco francos por día.

SR. JOU. (A Enrique.) ¿Cuánto has gastado en coche?

ENR. Dos francos.

SR. JOU. ¡Muy bien! Todo esto me parece muy bien calculado.

MARÍA Lo cierto es que no es usted razonable, Enrique.

ENR. No... no... déjame.. déjenme ustedes explicarles...

MARÍA No... tu padre... su padre...

SR. JOU. (Enojado.) Tu padre... su padre... Es muy digno, muy delicado de parte vuestra el no tutearse en presencia mía... pero á mí me gustan las situaciones bien definidas. Trátense ustedes de tú...

ENR. Padre, usted me llena de alegría con su bondad; pero no... no es eso... Es que desde hace un mes, mi cerebro vacila, todo baila... todo se embrolla en mi cabeza. Es una confusión tan encantadora, que no comprendo

lo que pasa. María y yo debemos tener seguramente en nuestro amor alguna buena hada que nos protege.

SR. JOU. Yo no creo en las hadas.

ENR. Sin embargo, papá...

SR. JOU. Te repito que no existen las hadas.

ENR. Recuerda, padre mío...

SR. JOU. ¡Basta de hadas te he dicho!

MARÍA Vamos, Enrique, no seas testarudo; puesto que tu padre te dice que no hay hadas...

SR. JOU. Hay otra cosa.

MART. (Desde la puerta.) Señora...

MARÍA Sí... (A Enrique, bajo.) No le disgustes... (Vase.

ESCENA VII

El SEÑOR JOUVENEL y ENRIQUE

SR. JOU. Hay otra cosa, te lo repito. Lo que hay es que decididamente el Todopoderoso no es un intruso en los buenos actos. El Todopoderoso ha dicho: «He ahí al señor Jouvenel que es una excelente persona.»

ENR. (Interrumpiendo.) Seguramente.

SR. JOU. Deja concluir al Todopoderoso. «Que es una excelente persona. Por no desagradar á su mujer, va á casar á su hijo con una niña tonta.»

ENR. Una verdadera tonta, ¿no es verdad, papá?

SR. JOU. Sí, sí... Pero, en fin, dejemos eso. (Pausa.) ¿Qué es lo que íbamos diciendo?

ENR. «El Todopoderoso—exclamaba el señor Jouvenel—es una excelente persona.»

SR. JOU. Ya lo he dicho dos veces. No nos confundamos. (Pausa.) Y luego, ¿qué es lo que ha hecho el Todopoderoso? Tomar su gran libro, abrirlo y buscar la letra J. Ha leído «Jouvenel padre; cuerda sensible; los niños...» Ya conoces la continuación.

ENR. ¿No es verdad que no te pesa haber venido á esta casa?

SR. JOU. ¿Que si me pesa? ¡Ya lo creo! Me pesa por tantas y tantas razones...

ENR. ¡Ah!...

SR. JOU. Yo que tenía horror á la mentira, miento ahora con una facilidad prodigiosa en mi casa.

ENR. No locreo... Estoy persuadido deque mamá...

SR. JOU. ¡Tu madre! ¡Pobre hijo mío! ¡Olvidas que la conozco antes que tú!... Ella sabrá fatalmente que he venido aquí.

ENR. ¡Oh!... ¿Y por quién?

SR. JOU. Por mí. A fuerza de mentir se concluye por decir la verdad. Por primera vez en la vida le ocasionaré un disgusto á mi mujer.

ENR. Mamá es tan buena... que no dejará de quererte ni un segundo. Estoy seguro. Y después de todo, puede que ella cambie.

SR. JOU. No seas niño. Tu madre razona lo mismo que hace treinta años. En fin, hijo mío; va á ser necesario que yo disminuya mis visitas.

ENR. ¿Lo dices en broma?

SR. JOU. No: muy en serio.

ENR. ¿Por qué?

SR. JOU. ¿Por qué? Pero, desgraciado, ¿no sabes que esta casa tiene gancho y que si continúo como hasta hoy, concluiré por encontrarme mejor que en la mía?

ENR. ¿Mejor?

SR. JOU. No te pido más que una cosa. Y es que no le digas esto á María en mi presencia... Le causaría pena... ¡y á mí también!

ENR. (Emocionado.) Es verdad. Le dará mucha pena, Más valiera que no hubieras venido. nunca.

SR. JOU. (Enfadado.) Naturalmente... Pero tú tienes un hijo... ¿Por qué tienes tú un hijo? (Pausa.) ¡Y es adorable!... En fin, mi querido Enrique... es necesario. (Roberto entra vestido de soldado.)

ESCENA VIII

DICHOS y ROBERTO

ROB. Tararí... Señor...

SR. JOU. ¡Qué hay, caballerito!... (No quiero mirarle... ¡Qué gracioso está con ese traje!)

ROB. ¿Va usted á ser mi caballo?

SR. JOU (Pausa.) ¡Vaya una pregunta! (Roberto salta sobre las rodillas de Jouvenel.)

ENR. ¡Roberto!

SR. JOU. Déjanos tranquilos.

ROB. Ico... ico.. caballito.

SR. JOU. (Haciéndole saltar.) ¡Ico, al trote! ¡Qué vamos á hacerle! Se dirá que cuando yo tomo una resolución...

ROB. ¡Al galope!

SR. JOU. ¡Al galope! (Lo llevo montado sobre mi corazón.)

ROB. ¡Más ligero!

SR. JOU. (Fatigándose.) No; más ligero, no... Al paso... al paso... ¡Ay! El caballo está fatigado.

ROB. Pero es muy lindo. (Lo acaricia.)

SR. JOU. ¡Y el tunante me acaricia! ¡Ay, Dios mío.. qué desgraciado soy!

ESCENA IX

DICHOS y MARÍA que habrá entrado hace un instante

MARÍA (A Enrique, bajo.) Va á llegar... ¿Sabes que son las cuatro?

ENR. (Bajo.)No... ¿Ya?

MARÍA Mira tu reloj.

ENR. Tienes razón... Las cuatro y cinco... Dentro de un cuarto de hora llegará.

SR. JOU. ¿Qué estais conspirando en secreto?

MARIA Nada.

SR. JOU. ¿Qué hora tienes?

ENR. Las cuatro y cuarto, papá. Y creo que atrasa un poco mi reloj.

SR. JOU. (Levantándose.) No...
ENR. Sí... Y como tú tienes costumbre de marcharte á las cuatro en punto...
SR. JOU. ¿Te parece que he debido marcharme hace un buen rato? ¡Bien! Es una manera muy delicada de despedirme.
MARÍA ¡Ah... señor! Enrique no ha pensado tal cosa.
ENR. No faltaba más! (Jouvenel se sienta.—A María.) ¡Adiós mi dinero! ¡Se volvió á sentar!
SR. JOU. (A Roberto.) No te cortes con el sable.
ROB. No corta.
SR. JOU. Pero es muy puntiagudo.
ENR (A María.) Tú sabes que él nunca llega tarde.
MARÍA Lo sé muy bien.
SR. JOU. Hijos míos, ¿por qué me he de ir á las cuatro en punto todos los días? Hoy me quedo una horita más. ¿Os desagrada?
MARÍA (Esforzándose.) Ciertamente que nos da mucho placer.
SR. JOU. Entonces, todo va á pedir de boca.
MARÍA (A Enrique.) ¿No tienes alguna idea salvadora?
ENR. Ninguna.
MARÍA No veo más que un medio.
ENR. ¿Cuál?
MARÍA Decirle la verdad.
ENR. ¿Te parece?
MARÍA Después de todo no tenemos hecho ningún juramento.
ENR. Cierto.
MARÍA Cuéntaselo todo.
ENR. No. Prefiero que seas tú.
MARÍA Bien. Allá voy. (Avanza un paso. Suena la campanilla de la puerta.)
ROB. (Tira el kepis y dice:) ¡Mamita, es el tío Trevoux! (Enrique y María bajan la cabeza.)
SR. JOU. (Da un salto.) ¿Qué es lo que dices?... ¿Qué ha dicho este niño?... ¿El tío Trevoux?...
ENR. (Humildemente.) ¡Sí... papá!...
MARÍA ¡Sí... señor!
SR. JOU. ¿Es una broma?
ENR. ¡No, papá!
MARÍA ¡No, señor!
SR. JOU. ¡Cómo! ¿No es broma? (Hacen signo de que no.) ¿Entonces, tú le has contado que yo venía?

ENR. No... eso no... Te doy mi palabra... Lo mismo que á tí no te he dicho...

SR. JOU. ¿Entonces?... ¿Entonces no es la primera vez que viene?

ENR. No. Hace un año que nos visita.

SR. JOU. (Asombrado.) ¡¡Qué!!

MARÍA Un año.

SR. JOU. (Tartamudeando.) Un año... Viene desde hace un año. (Estallando.) ¡Ah!... ¡Tenga usted confianza en un hombre á quien conoce desde el colegio!... (Nuevamente suena la campanilla.)

MARÍA Y... ¿qué hago?

SR. JOU. (Agarrando al niño.) Hacerle entrar... que pase... no le cederé el puesto... (Paseándose por la habitación con el niño de la mano.) Vas á ver cómo voy á recibirle... «¡Mi tío Trevoux!...» No haberme confiado esto á mí, á mí...

ENR. ¡Pero tú también!...

SR. JOU. ¡No es la misma cosa, señor mío... ¡Yo soy tu padre... no hay que olvidarlo!... (María vuelve á entrar y cierra la puerta vivamente, cayendo sobre una silla. Está sumamente emocionada.)

ENR. (Precipitándose.) ¿Qué es lo que tienes? ¡Estás horriblemente pálida!

MARÍA (Sin poder hablar,) Es que... Es que... no... es el señor Trevoux.

ENR. ¿Entonces?

MARÍA Es... una... se... ñora.

ENR. ¿Una señora?

SR. JOU. ¿Qué señora?

MARÍA La de usted.

SR. JOU. (Sofocadísimo.) ¿Qué dices?

MARÍA (Llorando.) Yo no tengo la culpa... Pero es... en realidad la señora Jouvenel.

SR. JOU. ¿La señora Jouvenel?

MARÍA Sí.

SR. JOU. ¿Dónde está?

MARÍA Espera. Le he dicho que no podía recibirla así... que todo estaba en desorden...

SR. JOU. No perdamos la cabeza, hijos míos... ¿Estás segura de que es ella?

MARÍA ¡Dios mío!... ¡Yo no sé!... ¡Es la primera vez que la veo!...

SR JOU. ¡Bonita! ¿verdad?

MARÍA ¡Oh, sí, señor!
SR. JOU. Entonces no hay duda, es mi mujer.
ENR. ¡Oh!
SR. JOU. Haberle dicho que no estabas.
MARÍA Si yo misma he abierto la puerta.
SR. JOU. ¡Ya tenemos el drama encima! (Se mesa los cabellos.) ¿Te ha dicho lo que quería?
MARÍA No, señor.
SR. JOU. Entonces es muy sencillo; ó ella sabe que yo vengo á tu casa... ó no lo sabe. Lo que hay de cierto es que viene á separarte de Enrique... ¡quiere casarlo!...
MARÍA ¡Oh.... señor!
SR. JOU. Calma, calma... ¿No me veis á mí? ¡Por Dios, no le digáis que yo frecuento esta casa!
MARÍA Se lo prometo.
ENR. Yo también, papá.
SR. JOU. Entonces, ánimo, hija mía. Seca tus ojos... Vamos, ven... ven tú conmigo... Imítame á mí... (Vanse Jouvenel y Enrique por la derecha. María seca las lágrimas y se marcha por el foro.)
ROB. (Asombrado.) ¡Oh!... ¿Sí? Pues bien, entonces yo también me voy. (Vase izquierda.)

ESCENA X

MARÍA, SEÑORA DE JOUVENEL y después ROBERTO

(Entran en escena. Prolongado silencio. María tiene los ojos bajos. La señora de Jouvenel mira y parece estar profundamente conmovida. Después con voz dulce dice:)

SRA. JOU. ¿Dónde está?
MARÍA (Muy nerviosa.) Le juro, señora, que no está aquí.
SRA. JOU. ¿De verdad?
MARÍA Si yo le he hecho esperar ha sido por...
SRA. JOU. Puedo ahora confesarle á usted, que he venido tres veces ya; sí, tres veces hasta su puerta. Y tres veces también me he vuelto atrás. ¿Por qué? No lo sé... puesto que hoy sin titubear, he subido los cuatro pisos de la

casa... y tan ligera... que el corazón me palpita, me palpita tan fuerte, como debe palpitarle á usted el suyo seguramente en este momento... ¿no es verdad?

MARÍA (Muy emocionada.) Sí.

SRA. JOU. (¡Qué mona es!...) Entonces... ¿no está aquí?

MARÍA No, señora.

SRA. JOU. ¡Lo han sacado á paseo!

MARÍA (Transformándose.) ¿Cómo?

SRA. JOU. Pregunto, si ha salido... ¿Entónces está completamente restablecido?

MARÍA (Comprendiendo.) ¡Oh, señora!...

SRA. JOU. ¿Qué, hija mía?

MARÍA ¿Es de Roberto de quien usted me habla?

SRA. JOU. ¡Claro!

MARÍA (Estallando en sollozos.) ¡Oh, señora... señora!

SRA. JOU. Pero hija mía, vamos. ¿Qué ha podido usted creer entonces?

MARÍA (Secándose los ojos.) Nada... nada. . Voy á traérselo á usted... (Vase corriendo por la izquierda.)

SRA. JOU. (Suspirando con aire de satisfacción.) ¡Aquí está... aquí está!... (Emocionada.) Sí; Trevoux tenía razón. Debe usted ir, me dijo... Se muere usted de ganas... Jacobo no sabrá nada... La verdad es que yo no necesitaba más que una cosa: que me decidieran. Y he venido pegándome á la pared, inquieta... corriendo... como si en realidad yo fuera una mujer culpable que volaba á una cita de amor. (Pausa.) Héme aquí, y no me arrepiento. Porque voy á ver por fin á ese niño... á ese ángel... que es el hijo de mi hijo, después de todo... (La puerta se entreabre.) ¡Ah! ¡Ya llega. (María empuja suavemente á Roberto. El niño se adelanta con timidez.) ¡Rico mío! (Lo abraza y lo besa.) (En cuanto á la belleza del niño, Trevoux me ha engañado. Es mucho más hermoso de lo que él me dijo.) (A Roberto.) Vamos... mírame... levanta tu cabecita... No tengas miedo.

ROB. ¿Así?

SRA. JOU. Sí... así... (Pausa.) Son sus mismos ojos, ¿no es verdad?

MARÍA (Tímidamente.) Sí... señora...

SRA. JOU. Pero también se parece mucho á usted, sin lo cual no sería tan hermoso. (Pausa.) Dame tus manitas, hijo mío. Ahora comprendo que Trevoux venga todos los días.

ROB. ¿Cómo te llamas?

MARÍA ¡Roberto!

SRA. JOU. Déjelo usted... Déjelo usted... ¿Te interesa saber mi nombre?

ROB. Sí.

SRA. JOU. ¿Para qué?

ROB. Para saberlo.

SRA. JOU. Es muy justa la respuesta. Me llamo la señora de Jouvenel.

ROB. ¡Oh, mamá... como papá!

SRA. JOU. ¡Oh, mamá... como papa! ¡Qué bien lo ha dicho! (A María.) ¿Usa siempre calcetines?

MARÍA Siempre, señora.

SRA. JOU. Es muy sano que los niños anden con las piernecitas al aire, aun en pleno invierno. ¿Ya no sufre dolores de cabeza?

MARÍA No, señora; gracias á Dios.

SRA. JOU. ¡Y decir que mientras más nos inquieta su salud, más les amamos! ¿Siempre le dan al despertarse su bañito frío?

MARÍA Desde hace quince días todas las mañanas.

SRA. JOU. Muy bien. ¿El señor Trevoux fué quien le dió este consejo?

MARÍA ¡El señor Trevoux!

SRA. JOU. Sí... el señor Trevoux. No tema usted comprometerlo. Puedo confesarle á usted que fuí yo quien le recomendó ese método cucurativo. Créamelo. ¿Quién, sino Trevoux, me ha puesto al corriente de todo? Sé cuanto les quiere á ustedes, y sé también que desde hace un año es el mejor camarada de este caballerito Y ahora voy á marcharme.

ROB. ¡Ay! ¡Ya!

SRA. JOU. (Imitándole.) ¡Ay! ¡Ya! ¿Te entristece que me marche?

ROB. Sí.

SRA. JOU. Hasta la vista. Deme la mano, démela usted... Una palabra más. Sólamente el señor Trevoux, mi hijo y yo debemos saber... Sí. Trevoux le explicará... Hágame usted el fa-

vor de decirle á Enrique que esta noche no tenga un aspecto alegre cuando regrese á casa.

MARÍA Muy bien, señora... Pero si por cualquier casualidad supiera...

SRA. JOU. ¿Mi marido? No, esté usted tranquila. Y si eso llegara á suceder, todo se reduciría á inventar una pequeña mentira.

MARÍA Que usted vino porque trataba de separarnos...

SRA. JOU. Sí... Algo por el estilo. Adiós. Hasta la vista, nene mío. (Al llegar á la puerta mira dulcemente al niño y exclama:) ¡Volveré! (La señora de Jouvenel sale. María la acompaña. Roberto queda solo. Vuelve María. Se seca los ojos. Abraza al hijo y le cubre de besos. Luego va hacia la puerta de la izquierda y le dice:)

MARÍA Sé juicioso. (Vase Roberto. Pausa.) Va á ser bien difícil no demostrar alegría. Muy dificil, muy dificil... (Abre la puerta de la derecha.) Pueden ustedes salir.

ESCENA XI

MARÍA, JOUVENEL y ENRIQUE

SR. JOU. (Asoma primero la cabeza. Está pálido. Luego sale detrás Enrique.) ¿Qué hay?

ENR. ¿Qué hay?

SR. JOU. (Saliendo.) Habla, hija mía... Ella lo sabe... lo sabe todo. . ¿verdad?

MARÍA No señor.

SR. JOU. ¿De veras?

MARÍA De veras.

SR. JOU. Ya lo decía yo, por eso estaba tan tranquilo...

MARÍA Había usted adivinado. Quiere casar á Enrique.

SR. JOU. ¡Claro! Lo que yo dije.

ENR. Entonces...

MARIA (Bajo á Enrique.) Cállate.

SR. JOU. Cualquiera, al verme con estos pelos, dirá que he tenido miedo.

MARÍA (A Enrique.) No te alarmes.

SR. JOU. Habrá estado severísima.

MARÍA (Fingiendo.) Sí, señor... ¡Oh, sí... sí... muy severa!

SR. JOU. Es lógico... ¡Es madre... y las madres!... En fin, el peligro ha pasado. Lo esencial, hijos míos... (Se interrumpe al ver que María habla bajo con Enrique.) ¿Cómo, os reís?

MARÍA Risa... nerviosa...

SR. JOU. ¡Pobre muchacha! Te juro, á pesar de todo, que la señora de Jouvenel no es mujer de mal corazón.

MARÍA ¡Oh, no señor!

SR. JOU. Eh... sí... tú lo comprendes muy bien porque eres una buena muchacha. No... no tengo necesidad de que me repitas sus palabras: las adivino. (Mientras Jouvenel habla, Enrique y María se acercan, y el público debe adivinar que están hablando de la escena anterior. Sus caras se alegran y no escuchan á Jouvenel. Suena la campanilla. La puerta de la izquierda se abre y entra Martina, seguida de Roberto.)

MARÍA Esta vez si que es el señor Trévoux el que ha llamado.

MART. Voy, señora (Vase con Roberto por el foro.)

SR. JOU. Vamos, queridos hijos, ánimo. Basta de caras tristes. Hé aquí á Trevoux.

ESCENA XII

DICHOS; TREVOUX y ROBERTO

(Pausa. Trevoux entra seguido de Roberto. Jouvenel permanece en su sitio. Trevoux, al verle, retrocede asombrado. Dirige su mirada á María y Enrique; después, recuperando su sangre fría, se adelanta y dice á Jouvenel, simplemente.)

TREV. ¿Cómo estás?

SR. JOU. (Secamente.) Bien.

TREV. Aun cuando nada me asombra, te confieso que me sorprende mucho encontrarte aquí.

SR. JOU. Sí... soy yo en persona.

MARÍA (Bajo á Enrique.) ¿Estará enfadado?

ROB. Díme, tío Trevoux...
TREV. ¿Qué quieres, querido?
SR. JOU. ¿Luego tú conoces al señor?
TREV. Un poco. (Con burla.)
SR. JOU. (Le llama «mi tío», á mi me llama «señor».)
TREV. ¿Y hace mucho tiempo que tú?...
SR. JOU. Que tú... que tú... ¿qué?
TREV. Si lo tomas en ese tono, perfectamente, no hablemos más.
SR. JOU. Será mejor.
TREV. Bien... (A María y Enrique.) ¿Conque son ustedes afectos á los secretillos?
SR. JOU. (Al chico.) Un franco si me llamas *tío*. Pero grita fuerte.
ROB. ¡Mi tío!
TREV. ¿Qué quieres, querido?
SR. JOU. (Orgulloso.) No... ès á mí á quien llama.
TREV. ¡Ah!
SR. JOU. (Que se fastidie.)
TREV. (Bajo á Enrique y María.) Está celoso.. mejor. (Alto.) Oiganme ustedes. Desde mañana vendré á buscar á Roberto todos los días á las dos de la tarde, y pasearemos juntos hasta las cuatro.
SR. JOU. ¿Qué dice?
TREV. El paseo á pie y al aire libre, le sentará á las mil maravillas.
SR. JOU. ¿Pero, por qué ha de ser desde las dos á las cuatro?
TREV. Porque...
SR. JOU. Es á la madre á quien me dirijo.
TREV. A la madre, ó á cualquier otro... yo sé lo que es bueno para este niño.
SR. JOU. De todas maneras, no veo con qué derecho, te permites traer el desorden á esta casa.
TREV. No te preocupes de eso...
SR. JOU. Ante todo, me preocuparé de lo que se me antoje.
TREV. Perfectamente.
SR. JOU. Y... en resumidas cuentas, Robertito no es de tu familia.
TREV. Ni de la tuya tampoco.
SR. JOU. ¿Que no es de mi familia? (Asombrado.)
TREV. No.

SR. JOU. Pues bien, no... no lo es. ¿Quieres saber más?
TREV. Sí... vamos á ver...
SR. JOU. ¿Quieres que te lo diga?
TREV. No.
SR. JOU. ¡Ah!... Me parece que te he contestado bien. Cuando me pongo enérgico... (Con acento burlesco, le canta.)
«La marinette, la marinón,
la marinette, la marinón.»
ROB. Sigue... sigue.
TREV. Encantadora canción.
SR. JOU. «La marinette, la marinón.»
TREV. ¿Quieres concluir de una vez? Vamos, mi buen amigo, dame tu mano leal, porque si continuamos así, concluiremos por ser más niños que este niño.
SR. JOU. Tú tienes la culpa.
TREV Bueno, sí.
SR. JOU. No haber sido franco conmigo...
TREV. ¿Y tú, no has hecho lo mismo?
SR. JOU. Son situaciones muy distintas. ¡Figúrate si Jenny llegara á saberlo!... Hace un instante ha salido de aquí...
TREV. No.
SR. JOU. Palabra de honor. Diez minutos antes de tu llegada. No tuve tiempo sino para esconderme. Ya te lo contaré todo. Me marcho. Enrique, mi bastón, mi sombrero. ¿Vienes conmigo, Trevoux?
TREV Con mil amores.
SR. JOU. Hasta mañana, hija mía. Y basta de lloriqueos. ¿Acaso no estoy aquí para que afrontemos todas las situaciones?
MARÍA Sí, señor.
TREV. Adiós.
MARÍA Hasta pronto, señor Trevoux.
SR. JOU. Hasta luego, hijo.
TREV. Adiós, Enrique. (Al niño.) ¿A quién le dice usted adiós?
ROB. A mi tío.
SR. JOU. Y á mí, ¿cómo se me dice?
ROB. Adiós, querido tío.
SR. JOU. ¡Picarón! (A Trevoux.) Mira, te aseguro que

daría de buena gana toda mi fortuna porque me llamara abuelito. Hasta mañana á las dos, María. ¿Porque supongo que ha sido una broma eso del paseo?

TREV. ¡Claro, tonto!

SR. JOU. Entonces, todo va bien. Anda, Trevoux, pasa adelante ¡Ah, Enrique! Esta noche en la mesa estaré probablemente muy severo contigo. Te lo advierto para...

ENR. Perfectamente, papá.

SR. JOU. Pasa adelante.

TREV. ¿Por qué diablos te empeñas en darme la delantera?

SR. JOU. Ante todo, porque soy muy galante, después... porque... en fin... no te preocupes. (Lo empuja y desaparecen juntos. Luego vuelve el señor Jouvenel, corre hacia Roberto, le besa muchas veces y exclama.) ¡Era para esto! (Vase corriendo. María y Enrique se abrazan y se rien. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Comedor elegante; á la izquierda gran puerta vidriera que se supone comunica con el comedor, en segundo término otra puerta pequeña que es la de servicio. En el foro centro, puerta. A la derecha chimenea; en segundo término aparador elegante con vajilla. En el centro mesa de comedor servida para cinco cubiertos. Sillería de comedor; estos muebles de mucho lujo. Lámpara de comedor encendida, colgada encima de la mesa.

ESCENA PRIMERA

ANA y JUAN. Al levantarse el telón, Juan y Ana acaban de poner la mesa. Juan de frac

ANA — (Contando los cubiertos.) El señor y la señora, el señor Trevoux, el señorito Enrique, la señora de Santenay... ¿Esta noche es cuando viene á comer el amigo de don Enrique?

JUAN — No, mañana.

ANA — Recoja usted esa servilleta

JUAN — (Malhumorado.) Si yo tuviera en mi bolsillo lo que ellos tienen en su cofre...

ANA — ¿Qué haría usted?

JUAN — Ante todo, no haga usted cruces con el tenedor y el cuchillo, que trae mala sombra. Pues yo... principiaría por mudarme de casa, porque este es un piso cuarto.

ANA — Pero hay ascensor.

JUAN En la escalera principal, ya lo creo, pero en la nuestra... En seguida echaría á la cocinera á la calle.

ANA ¿Y por qué?

JUAN Porque no es cocinera como el arte culinario manda. Aquí encuentran comible lo que ella guisa porque no tienen paladar.

ANA No diga usted sandeces.

JUAN ¿Que digo sand...? ¿Ha visto usted el *menú* de esta noche?

ANA No.

JUAN Pues lea usted, lea usted.

ANA (Leyendo.) Sopa de fideos...

JUAN (Con risa burlona.) Continúe, continúe.

ANA Anguila á la tártara... ¿Qué es esto?

JUAN La cocinera ha escrito «á la tártara» como hubiera escrito «á la indiana» ó «á la japonesa.» Lo único que yo le puedo decir á usted, que el animal nada en una salsa, que á ratos parece chocolate, á ratos café con leche.

ANA ¡Ah!

JUAN Agregue usted á eso que también nadan cosas negras que dice que son trufas, y que para mí no son más que pedacitos de corcho quemado.

ANA (Lee.) «Pollo á la *cocotte.*» Esto no me negará usted que lo hace bien.

JUAN ¡Phs! Regular... regular. Pero hacer bien un pollo á la *cocotte*, es estar en la infancia del arte culinario. ¿Por qué no nos varía el *menú* todos los días?

ANA Porque al señor no le gusta.

JUAN Con decirle á usted que ya no se puede comer .. (Silencio prolongado.)

ANA ¡Cuánto olor á humo!

JUAN Viene de la sala. La chimenea está descompuesta como la cocinera. No tira...

ANA ¡Qué barbaridad de humo! (Mirando.)

JUAN ¡Qué barbaridad de humo! ¿Y á usted qué le importa?

ANA Es que la señora y la señorita Langeac se encuentran en la sala hace más de una hora... Van á asfixiarse.

JUAN Bueno.

ANA — Usted todo lo arregla con decir bueno.

JUAN — Todo, menos sus desprecios. ¿Cuándo va usted á hacerme caso?

ANA — Ahora no puedo; estoy comprometida.

JUAN — ¿Con quién?

ANA — Con un mozo del café de la esquina.

JUAN — ¿Y el domador?

ANA — Humo... Como el que hay en esa sala.

ESCENA II

LOS MISMOS, SEÑORA DE LANGEAC y GENOVEVA. La puerta de la sala se abre y entran éstas

SRA. LAN. — Ya no es posible permanecer ahí dentro. Si se abren las ventanas entra un frío horroroso, y si permanecen cerradas se ahoga una... ¡Oh, qué mal rato! Deme usted un vaso de agua.

JUAN — Al instante.

ANA — ¿La señorita también se halla indispuesta?

GEN. — No; pero me encuentro un poco mareada.

SRA. LAN. — Te lo dije... pero tú te has empeñado en quedarte, á pesar del humo nauseabundo... (Bebe el agua.) Gracias (Vase Juan.) Parece que voy á estallar. Ponte derecha, niña.

GEN. — Pero mamá, si estoy mareada.

SRA. LAN. — Siéntate. Vamos á quedarnos aquí entretanto.

ANA — Sí, señora. De todos modos, son las seis y la señora no ha de tardar.

SRA. LAN. — Bueno. Es raro que no haya regresado.

ANA — Efectivamente... aunque de algún tiempo á esta parte vuelve á casa, justo, justo, á la hora de comer.

SRA. LAN. — ¡Ah! (Con desagrado.)

ANA — ¿La señora no desea nada?

SRA. LAN. — No, gracias. Ya siento que los colores me suben. (Vase Ana.)

ESCENA III

SEÑORA DE LANGEAC y GENOVEVA

SRA. LAN. Ahora que estamos solas, ¿te parece justo que hayamos soportado ese humo?

GEN. Mamá, que no estamos en casa.

SRA. LAN No digas tonterías y no me saques de mis casillas. Esta es la última visita que hago á la familia de Jouvenel.

GEN. ¡Mamá!

SRA. LAN ¡Qué mamá, ni mamá! Esto es inaguantable para una madre que desea casar á su hija. Hace ocho días que largo el anzuelo con una habilidad extraordinaria, y la señora de Jouvenel sin morder, y Enrique sin morder... No te muerdas los labios, niña... Y me parece que ya es hora de que ellos avancen... La última vez, cuando os quedásteis solos, ¿avanzó?

GEN. ¿Quién?

SRA. LAN. ¡Quién! ¡Enrique!

GEN. ¡Qué había de avanzar! Hablaba como adormecido. Estaba en las nubes.

SRA. LAN. Estos futuros que se suben tan altos, ¡malo! Sin embargo, eso de estar en las nubes puede ser un síntoma, sí, un síntoma de amor.

GEN. ¿Lo crees, mamá?

SRA. LAN No lo sé. Y el partido es excelente. Como se te escape... Preparemos un golpe de estrategia

GEN. ¿Sí?

SRA. LAN. Antes de pasar adelante, ¿no te parece que podían habernos invitado á comer alguna vez?

GEN. Sin duda.

SRA. LAN. Para mí que esperan á que se formalice el noviazgo, para...

ESCENA IV

DICHAS, TREVOUX y después ENRIQUE

TREV. (Interrumpiendo el diálogo anterior.) ¡Oh... la señora de Langeac! Buenas tardes, señora; señorita...

SRA. LAN. Hemos tenido que refugiarnos aquí por el humo...

TREV. La señora de Jouvenel no ha vuelto aún, según parece.

SRA. LAN. (Con retintín.) La estamos esperando desde hace una hora.

TREV. ¡Cuánto va á sentirlo! ¡Y el señor Langeac, bueno, ¿eh?

SRA. LAN. (A la hija.) (Ponte derecha.) Sí... Sí...

TREV. Bravo...

SRA. LAN Está fuerte aún para sus años.

TREV. ¿Qué edad tiene su esposo?

SRA. LAN Diez y siete años más que yo.

TREV. (Me quedo enterado.) Pues es joven todavía...

SRA. LAN ¡Qué amable es usted! (Una pausa larga. Los personajes no saben qué hablar. Se miran, se mueven nerviosamente y con disimulo.) ¡Qué casa tan tranquila!

TREV. Muy tranquila. El cuarto de arriba está para alquilar, el de abajo también. Y si á eso se agrega que la calle está entarugada...

SRA. LAN. (Esforzándose por reir.) Sí...

TREV. Es la casa ideal.

SRA. LAN. Pero no para el propietario.

TREV. (Riéndose.) Efectivamente. (La puerta se abre y entra Enrique muy preocupado.)

SRA. LAN. ¡Aquí está! ¡Ponte derecha!

ENR. Buenas tardes, señora... Señorita...

GEN. (Melosamente.) Buenas tardes.

ENR. Con permiso, señora. Perdóneme usted, Genoveva.

SRA. LAN. ¿Por qué perdonarle á usted?

ENR. Es que... tengo que decirle algo reservado á

Trevoux, me corría prisa y... Yo sé que esto es muy impolítico...

SRA. LAN. ¡Por Dios, no faltaba más!

ENR. Con permiso. (Se aproxima á Trevoux.)

SRA. LAN. No, educación no le falta. ¿Te has fijado cuánta emoción ha sentido al verte?

GEN. Sí.

SRA. LAN Disimula mientras hablan. Dime, por ejemplo, que tengo torcido el sombrero.

GEN. (Alto.) Tienes torcido el sombrero, mamá.

TREV. (A Enrique.) ¿Entonces?

ENR. A la una en punto Roberto, María y Martina llegaban á casa de usted con un gran baúl vacío.

TREV. Yo le recomendé á María que hiciera bien la comedia. Tu padre ha debido ir como siempre á las dos, y tu madre á las cinco. Estoy persuadido de que como han encontrado la casa desierta no han vuelto todavía.

ENR. Ellos han debido ir á casa de usted. Se habrá descubierto.

TREV. No... Ordené que no abrieran á nadie así rompieran la campanilla. Y ahora vete deprisa á mi casa; toma las llaves. Y no te muevas de allí hasta que te avise por teléfono.

ENR. ¿Y esta gente?

TREV. Ante todo, mira por tí y por María... Despídete amablemente. Yo te disculparé luego...

ENR. (A la señora Langeac.) Aun debo pedir á usted mayores excusas...

SRA. LAN. ¡Está usted completamente perdonado!

ENR. No... Debo pedir á usted mayores excusas, porque me veo obligado á salir de nuevo á la calle.

SRA. LAN. ¡Ya!

ENR. Y esto para mí es más desagradable, por cuanto mi madre no está presente. Me espera un cliente...

GEN. ¿Otro asesino?

ENR. Sí, señorita.

SRA. LAN. Entonces, corra usted.

ENR. Gracias.

GEN. Adiós.

ENR. Hasta la vista. (Saluda y se va.)

ESCENA V

DICHOS menos ENRIQUE. Después señora de SANTENAY

SRA. LAN. Es un joven muy aprovechado Enrique.
TREV. ¡Oh, sí!
SRA. LAN. Hará carrera este joven.
TREV. ¡Ya lo creo!
SRA. LAN. Nos retiramos. Ponte derecha, niña. El señor de Trevoux hará el favor de decirle á la señora de Jouvenel que le hemos esperado cinco pequeños cuartos de hora.
TREV. ¡Cuánto va á sentirlo!
SRA. LAN. Adiós, amigo. (Entra la señora de Santenay.) ¡Oh, aquí viene la señora de Santenay!
SRA. SAN. ¿Qué tal, querida amiga?
TREV. ¿Qué le pasa á usted? Viene usted excitada.
SRA. SAN. No es para menos.
TREV. ¿Que le pasa?
SRA. SAN. ¿Pregunta usted lo que me ha pasado? ¡Ay, aun me dura el temblor!
SRA. LAN. ¿Pero qué le ha sucedido?
SRA. SAN. ¡He sido insultada en pleno boulevard!
TREV. ¿Por quién?
SRA. SAN. Por un jorobado.
TREV. ¿Qué?
SRA. SAN. Por un jorobado. ¡Es increíble!
TREV. ¿Y por qué motivo?
SRA. SAN. Verán ustedes. Me había parado delante de un escaparate de un joyero y mientras que yo contemplaba embelesada algunas monerías, se me aproxima un hombre. Al principio no hice caso; pero al cabo de unos minutos se me acercó tanto... tanto... que instintivamente me aparté. Le miré de pies á cabeza. Molestado por mi actitud, el hombre fijó su vista con rabia en el escaparate. Fué entonces cuando yo me apercibí que el hombre era jorobado. Volví á mirarle y creyéndole distraído me fuí acercando muy despacito hasta quedar al lado de él. Bajó la

cabeza. Se hubiera dicho que lo hacía expresamente porque había adivinado mi pensamiento. Con rapidez toqué entonces la joroba... ¡Ay, Dios santo! El jorobado lo había visto todo por el cristal... Se irguió...

TREV. Es una manera de hablar con el gesto.

SRA. SAN. No se ría usted.

TREV. ¿Yo?

SRA. SAN. En conclusión, se volvió, y con una voz de trueno, me dijo: «No se asuste usted. Si este bulto le trae á usted felicidad, dígamelo francamente. Yo voy á domicilio. »Pero señor... «No hay pero,—agregó él gritando.»—Se juntó gente, siguió diciéndome cosas hasta que me metí en el coche, corrida de vergüenza... ¡Ay, lo repito, tengo un temblor en todo mi cuerpo! (Se deja caer en la butaca.)

TREV. Muy bien merecido. Si yo fuera jorobado...

SRA. SAN. Por Dios, Trevoux, no concluya usted de exasperarme.

TREV. No crea usted que esa jiba que ha tocado le va á traer suerte.

SRA. SAN. ¿Pues?

TREV. Se trata de un jorobeta falsificado.

SRA. SAN. ¡Qué tonto es usted!

TREV. ¿Tonto? Yo le aseguro á usted que lo que tiene en la espalda es algodón en rama prensado. Se trata de un hombre de buen humor que se divierte á su manera. Pasea por los boulevares entre cinco y siete de la tarde ¡Oh... este conoce á las mujeres caprichosas! Por eso explota con tanto éxito...

SRA. LAN. ¡El señor Trevoux, siempre lo mismo!... Ahora sí que nos vamos. Hasta otro rato, querida amiga. ¡Ponte derecha, niña!... Adiós...

GEN. Adiós...

SRA. SAN. Las acompaño á ustedes. (Vanse Señora de Langeac y su hija.)

ESCENA IV

SEÑORA DE SANTENAY y TREVOUX

SRA. SAN. (Volviéndose violentamente.) ¿Cree usted que toda la vida voy á tolerar que se ría usted de mí?

TREV. ¿Yo?..

SRA. SAN. Sí... usted... ahora mismo...

TREV. No, hija, no. De quien me río ahora es de la señora de Langeac.

SRA. SAN. Otro rasgo de su bonita educación.

TREV. Esta buena mujer, me hace recordar un amigo que tuve, que era un pescador apasionado. Todos los veranos, venía á pasar algunas semanas en mi quinta del Marne. Como yo conocía el río perfectamente, le observaba, cada vez que echaba el anzuelo, que había elegido un mal sitio para lograr buena pesca. Pero era muy testarudo, y á pesar de mis observaciones volvía por la tarde y por la noche al mismo lugar; así pasó diez y ocho veranos á orillas del Marne, y se murió sin pescar una mojarrita tan siquiera. La señora de Langeac me hace el efecto de aquel pescador. Si yo me encontrara en el lugar de usted, mi querida amiga, le diría á la señora de Langeac: «¿Ha puesto usted carnada? Sí. ¿Muerde? No.. Entonces, créame; no insista: el sitio es malo, váyase un poco más lejos...»

SRA. SAN. No faltaba más... que yo... Además, estoy persuadida de que le gusta mucho Genoveva á la señora de Jouvenel.

TREV. (Irónicamente.) Sí... sí... La niña es muy espiritual... (Remedando á la señora de Langeac.) Ponte derecha, niña...

SRA. SAN. No se mofe usted.

TREV. ¿Yo?

SRA. SAN. Si yo me llamara Enrique, ya estaba casándome con esa chica.

TREV. Pero como usted no se llama Enrique... Y á Enrique, con razón ó sin ella se le ha

puesto en la cabeza casarse con una mujer que le guste, antes de saber si ella gusta á los demás...

SRA. SAN. A buen seguro que tiene una querida. Será alguna mujerzuela...

TREV. (Irónicamente.) Según parece es fea, celosa, mala, insoportable...

SRA. SAN. ¿Luego la querida existe?

TREV. Existe.

SRA. SAN. ¿Y á pesar de lo fea, celosa, é insoportable, vive Enrique con ella?

TREV. ¿Qué quiere usted? Las mujeres nos retienen muchas veces por sus defectos.

SRA. SAN. ¡Qué monstruosidad!

TREV. ¡Oh, sí! ¡Los Jouvenel se han apercibido un poco tarde!...

SRA. SAN. ¿Y... no tendrá algún hijo?

TREV. Creo que sí.

SRA. SAN. ¡Qué horror!

TREV. Y por lo que me han dicho, feo.

SRA. SAN. ¿La señora de Jouvenel estará desolada?

TREV. ¡Imagínese usted! Créame usted, querida amiga; cuando usted tenga un hijo..

SRA. SAN. ¿Yo un hijo?...

TREV. ¡Ah!... es verdad que está usted divorciada.

SRA. SAN. Ya esto es insoportable, Trevoux.

TREV. ¿Le he causado pena?...

SRA. SAN. Sí...

TREV. ¡Gabriela!...

SRA. SAN. No me llame usted Gabriela cuando reñimos.

TREV. (Le coge las manos.) Vamos, querida amiga...

SRA. SAN. No... déjeme usted...

TREV. Nunca creí...

SRA. SAN. Es que usted se olvida de que yo soy una mujer honrada. ¡Un hijo! ¡Un... un día concluiremos por enfadarnos para siempre...

TREV. No...

SRA. SAN. Sí...

TREV. No...

SRA. SAN. Sí...

TREV. (Casi en secreto.) Perdón...

SRA. SAN. ¡Qué tonto es usted! (Se ríe.)

TREV. Cuando yo era pequeño, mi abuelita, des-

puēs de enfadarse conmigo, me decía: «¡Tú eres un tonto!» Y al final, después de reirse, como usted ahora, agregaba: «Ven, dame un abrazo.»

SRA. SAN. (Separándose.) Sí; pero yo no soy su abuelita.

TREV. ¡Qué lástima! Por un instante, esto sería encantador.

SRA. SAN. Para usted.

TREV. Naturalmente. (Pausa.) Vamos, querida amiga, perdóneme usted si alguna vez he herido su amor propio... Su mano.

SRA. SAN. ¿Para qué? (Pausa.) ¿Qué le pasa?

TREV. Me pasa... què le digo adiós, pues debo marcharme corriendo á preparar...

SRA. SAN. ¿A preparar qué, á estas horas?

TREV. Mis baules.

SRA. SAN. (Sorprendida.) ¿Va usted á viajar?

TREV. Sí. Parto de París mañana.

SRA. SAN. ¿Por mucho tiempo? (Desconsolada.)

TREV. Dos años, tal vez ..

SRA. SAN. ¿Va usted muy lejos?

TREV. A la costa.

SRA. SAN. ¿Y á qué viene una partida tan de repente? ¿qué es lo que tiene usted?

TREV. Nada.

SRA. SAN. Créame que sentiré su ausencia.

TREV. Porque usted es buena.

SRA. SAN. En el fondo le quiero á usted mucho. Y no lo parece, ¿verdad?

TREV. ¡Y qué bien nos entendemos!

SRA. SAN. ¿Y no podría usted confiarme el secreto de su viaje?

TREV. No.

SRA. SAN. ¿Por qué?

TREV. Porque hay ciertas cosas que las mujeres no comprenden.

SRA. SAN. Haga usted cuenta que no soy mujer, que soy un camarada.

TREV. ¿Que la trate?...

SRA. SAN. Como á un hombre.

TREV. Pues bien. Figúrese usted que yo... estoy muy enamorado.

SRA. SAN. ¡Usted!

TREV. Yo... sí... yo.

SRA. SAN. ¿De alguna señorita?
TREV. No.
SRA. SAN. ¿De una mujer casada?
TREV. No.
SRA. SAN. ¿De una viuda?
TREV. ¡No es posible! Quiere usted que la trate como á un hombre y me hace preguntas como una mujer.
SRA. SAN. Sigamos con lo otro.
TREV. Ya lo he dicho: que estoy enamorado.
SRA. SAN. ¿Y ella es bonita?
TREV. Muy bonita.
SRA. SAN. ¿Y le quiere á usted?
TREV. Lo ignoro.
SRA. SAN. Y, ¿por qué no se lo pregunta? Total, ¿qué arriesga usted?
TREV. Que ella me conteste: «no». En fin, voy á contárselo á usted todo. Quizá pueda darme un consejo.
SRA. SAN. Veamos. (Con emoción.)
TREV. Hoy por primera vez me he encontrado solo con ella, y por la primera vez también, casi la he dicho que la amaba.
SRA. SAN. ¿Por qué no lo dijo?
TREV. Porque... porque en el último momento me faltó valor, y...
SRA. SAN. No le creía tan cobarde.
TREV. Jamás me pareció tan encantadora... Poco á poco fuimos insinuándonos... mis dedos encontraron los suyos como los nuestros se encuentran en este momento. (La coge la mano.)
SRA. SAN. (Con elocuente sonrisa.) ¡Trevoux!
TREV. La trato como á un camarada, no lo olvide usted.
SRA. SAN. (Dejándole la mano.) Es verdad.
TREV. A partir de este instante, no tuve miedo que se apercibiera que su mano estaba aprisionada en la mía. (Va besarla.)
SRA. SAN. (Cerrando los ojos débilmente.) ¡Trevoux!
TREV. De pronto me faltaron las palabras, y ni aun siquiera pude murmurar á su oído: «la amo á usted.»
SRA. SAN. ¡Trevoux!

TREV. ¡La amo á usted! (Abrazándola.)

SRA. SAN. (Levantándose emocionada.) ¡Trevoux! ¿Qué hace usted?

TREV. Ella no me dijo: «¿qué hace usted?» porque ni aun para abrazarla me quedó energía. ¿He tenido ó no razón al pedir á usted un consejo? Venga el consejo.

SRA. SAN. Sí.. sí... pero me... me ha dejado usted tan emocionada... tan...

TREV ¡Ah! tranquilícese y...

SRA. SAN. Además, en el estado que me encuentro, sería difusa en el consejo, torpe al hablar. Déjeme usted que deje de ser su camarada para responderle simplemente como mujer. Yo que ella le hubiera dicho...

TREV. ¿Qué?

SRA. SAN. No se marche. Porque cuando nos dejamos tomar la mano... como usted ha tomado la mía... y no resistimos... hay un dato elocuente del primer consentimiento.

TREV. Entonces...

SRA. SAN. Entonces... ¿quiere usted mi consejo? Quédese, hágale un poco el amor, y...

TREV. Gabri... (Abrazándola casi.)

ESCENA VII

LOS MISMOS y el SEÑOR JOUVENEL. Entra con cara seria. Por el bolsillo de la levita asoma una muñeca

SR. JOU. Buenas tardes. ¿No está Jenny?

TREV. No.

SR. JOU. Una peineta. (La recoge del suelo y se la da á la señora de Santeney.)

SRA. SAN. Es mía. Gracias. (Mira á Trevoux y sonríe.) Voy al cuarto de Jenny á quitarme el sombrero.

SR. JOU. Pase usted. (Mutis señora de Santeney.) ¿Y... qué me dices de lo que ocurre?

TRÉV. ¿Qué ocurre?

SR. JOU. ¿No sabes nada?

TREV. No... ¿Qué te pasa? ¿Has llorado?

SR. JOU. ¿Se me conoce?

TREV. Tienes los ojos irritados.

SR. JOU. ¡Maldito! Afortunadamente aún no ha vuelto á casa Jenny. Tendré tiempo de reponerme del disgusto... ¿Sabes lo que sucede? He estado, como de costumbre, en casa de María.

TREV. ¿Y qué tal sigue el pequeño? No he tenido tiempo de ir hoy.

SR. JOV. ¿Qué?... ¿Cómo?... ¡Ah!... ¡Y estás ten sonriente... tan!...

TREV. No me vuelvas loco. Habla. Hoy no he podido ir á casa de María.

SR. JOU. ¿Y dónde te metes? Durante una hora he estado inútilmente en tu casa.

TREV. ¡Oh!... ¡Cuánto lo siento!

SR. JOU. ¿Y Enrique no ha vuelto?

TREV. Sí; pero ha salido inmediatamente, después de habernos apretado la mano á la señora de Langeac, á su hija y á mí.

SR. JOU. ¿Qué aspecto tenía?

TREV. Si te he de hablar con franqueza...

SR. JOU. Sí.

TREV. Me pareció que estaba excitado.

SR. JOU. Justo... sí... El también ha debido buscarles inútilmente. ¡Ah!

TREV. Total: ¿qué sucede?

SR. JOU. Revístete de valor.

TREV. ¿Para qué?

SR. JOU. ¡Ya no los volverás á ver!

TREV. ¿De quién hablas?

SR. JOU. ¡De María y de Robertito!... ¿De quién quieres que hable con lágrimas en los ojos?

TREV. ¡Basta! ¡Esto es una farsa!

SR. JOU. ¿Tengo yo cara de...? Pregúntaselo al portero de la casa de María... Apenas llegué... me dijo: «Es inútil que usted suba. La joven inquilina y el niño se han marchado para mucho tiempo »

TREV. ¿Que se han marchado?

SR. JOU. Marchado, sí... ¡Ah! ¿A que ahora no te ríes?

TREV. ¿Entonces?

SR. JOU. «¿A dónde? ¿A qué hora? ¿Por qué?»—pregunté al portero.

TREV. ¿Y qué respondió?

SR. JOU. «Lo ignoro, señor. Todo lo que puedo decir á usted es, que la señorita María tenía un aire muy triste y el niño también...» Y aquí me tienes desconsolado.

TREV. He ahí tu obra.

SR. JOU. ¿Qué?

TREV. He ahí tu obra...

SR. JOU. ¿Qué?

TREV. ¡He ahí tu obra! Durante un año ¿me entiendes? durante un año la felicidad y la alegría reinaban en aquella casa.

SR. JOU. ¿De modo que ahora la vas á emprender conmigo?

TREV. Te ruego que me perdones, pero eres tú el que tiene la culpa de lo que sucede.

SR. JOU. Por Dios, Trevoux, no me mátes.

TREV. No... no trates de enternecerme... ¿Por qué, por qué fuiste á casa de la pobre María?

SR. JOU. No grites tan fuerte, que Jenny puede volver de un momento á otro.

TREV. ¿A qué venían todas esas visitas? ¿A dónde querías llegar? Ni tú mismo lo sabes. Y has hecho todo lo posible porque esa madre y y ese pequeño... te adorasen.

SR. JOU. ¿Me adoraban, no es cierto?

TREV. Sí... sí... ¿Y sabes por qué me irritas? Porque después de todo no has sido capaz de hablar de estas cosas con tu mujer.

SR. JOU. ¡Cállate! (Mirando.)

TREV. No... no... Tú le has ocultado inicuamente á tu esposa, lo que has hecho durante estos meses, de dos á cuatro de la tarde.

SR. JOU. Cállate... ¡Silencio!

TREV. Como un buen egoista has dicho: «He descubierto un tesoro y lo quiero para mí sólo.» Tu mujer, gracias á tu falta de franqueza, ha sembrado la tristeza en casa de María. Ella ha hablado de casar á Enrique... y tú... olvidándote de Roberto y... de María...

SR. JOU. ¡Trevoux!... ¡Trevoux!...

TREV. Y hoy todo se desploma á los pies de esa infeliz mujer á quien hiciste vislumbrar un futuro de dichas... Sí... Ella ha hecho bien...

Se ha marchado... ya no la veremos más... ¡El ángel ha volado!

SR. JOU. Escúchame.

TREV. No...

SR. JOU. ¿Pero no se te ocurre dónde ha podido esconderse?

TREV. ¿Cómo quieres que se me ocurra?

SR. JOU. (Desesperado.) ¡Esto es espantoso!

TREV. Y aun cuando la volviéramos á encontrar, ¿qué adelantábamos?

SR. JOU. Volverla á ver... Volver á besar al pequeño...

TREV. ¡Bah!... Dejemos correr los acontecimientos... Haz caso á tu mujer y casa lo más pronto á tu hijo con la señorita de Langeac.

SR. JOU. No quiero.

TREV. Es encantadora, después de todo.

SR. JOU. Pero no tiene hijos.

TREV. ¡Diablo!

SR. JOU. Claro. ¿No sabes que mi mayor felicidad hubiera sido reunir esas dos criaturas? Si yo fuera solo el amo, los casaría y me importaría un comino la opinión pública.

TREV. Vas muy lejos.

SR. JOU. Así soy yo.

TREV. De pico. Por otra parte no eres hombre para tomar una resolución enérgica.

SR. JOU. ¿Yo? Tú no me conoces.

TREV. ¿Entonces?

SR. JOU. Entonces, ¿qué?

TREV. ¿A que no eres capaz de hablar de esto á tu mujer?

SR. JOU. ¿Que yo hable á Jenny?

TREV. Sí.

SR. JOU. ¿Y qué le digo?

TREV. Algo muy sencillo: que desde hace dos meses, has ido á casa de María, todas las tardes.

SR. JOU. ¡Chist!

TREV. Confiésale que el niño es precioso... adorable... Dile que Enrique no encontrará jamás una mujer más honrada, más virtuosa... En fin... todos tenemos alguna cuerda sensible... Jenny tiene la suya. Hazla vibrar.

SR. JOU. ¡Chist!

TREV. Después de lo cual nos pondremos en campaña y trataremos, si no es demasiado tarde, de encontrar á la madre y al hijo.

SR. JOU. ¡Bien, bien!

TREV. ¿Pero, naturalmente, estás decidido?

SR. JOU. No hay más que hablar... (Pausa.) ¿Y... por qué tú, que eres elocuente, no sondeas primero?...

TREV. De ninguna manera.

SR. JOU. Oyeme, óyeme. Antes de que yo dé el ataque formidable, le confiesas á mi mujer, pero despacito, que tú vas á casa de María desde hace un año. Si ella no se enfada me lo cuentas... y yo...

TREV. Perfectamente.

SR. JOU. Yo te suplico que no te precipites... tú la conoces, y... (Entra la señora de Santenay.)

ESCENA VIII

DICHOS y LA SEÑORA DE SANTENAY

SRA. SAN. ¡Cuánto tarda la señora de Jouvenel!

SR. JOU. Nunca ha vuelto tan tarde.

SRA. SAN. (Notando el muñeco que asoma por el bolsillo de Jouvenel.) ¡Oh!

TREV. (Bajo á la señora de Santenay.) No diga usted nada.

SR. JOU. ¿Por qué se ríen ustedes?

TREV. Oigo la voz de tu mujer.

SR. JOU. Sí... es ella... Querida amiga, ¿me permite usted que dejemos unos minutos á Trevoux con Jenny?

SRA. SAN. Con mil amores..

SR. JOU. Yo le acompañaré á usted. (A Trevoux.) Sé prudente.

TREV. ¡Déjame en paz! (Vanse la señora de Santenay y Jouvenel.)

ESCENA IX

TREVOUX y LA SEÑORA DE JOUVENEL; esta exteriorizando una enorme intranquilidad

SRA. JOU. Buenas noches, Trevoux.
TREV. Buenas, amiga.
SRA. JOU. Vengo de su casa.
TREV. ¡Ah!...
SRA. JOU. Pero no me han abierto la puerta.
TREV. ¿Tenía usted que hablarme?
SRA. JOU. ¿Y no adivina por qué?
TREV. Sí.
SRA. JOU. ¿Y qué es lo que ha sucedido?
TREV. Ha sucedido que Jouvenel ha estado ayer en casa de María.
SRA. JOU. No me lo ha dicho.
TREV. Acaba de contármelo su marido. Estuvo como de ordinario, brutal, severo; y por último, dijo á la pobre María: «Estas relaciones han durado demasiado tiempo; quiero que terminen, deben terminar.»
SRA. JOU. ¡Oh!
TREV. Una hora después... la madre y el hijo habían desaparecido.
SRA. JOU. ¡Dios bendito!
TREV. ¡Qué quiere usted!...
SRA. JOU. ¿Ella no le contó que desde hace tres semanas iba yo todos los días á las cinco?
TREV. No.
SRA. JOU. ¡Qué chica más discreta! Ha tenido palabra. ¿Qué hacer?
TREV. Hablarle.
SRA. JOU. ¿A quién?
TREV. A su marido.
SRA. JOU. ¡Póngase usted en mi lugar!
TREV. Comprendo; con un carácter como el de Jouvenel... ¡tán terrible!
SRA. JOU. Malo, no es. En la calle se vuelve loco en cuanto ve un niño.
TREV. No lo creo.

SRA. JOU. Se lo juro.
TREV. Entonces... si yo propusiera á Jouvenel...
SRA. JOU. No sé qué contestar á usted.
TREV. Total, no nos va á comer.
SRA. JOU. Hablándole con delicadeza.
TREV. Diestramente.
SRA. JOU. Y sin meterme á mí para nada, ¿eh?
TREV. Se comprende... Déjeme usted á mí que...
SRA. JOU. Estoy temblando.
TREV. ¡Valor... valor, Jenny!
SRA. JOU. Es más fuerte que yo la emoción...
TREV. Voy á buscar á Jouvenel.
SRA. JOU. ¿Ahora?
TREV. Sí. Está con la señora de Santenay.
SRA. JOU. Vaya usted, sí.
TREV. En dos palabras resuelvo la cuestión.
SRA. JOU. ¡Por Dios!
TREV En seguida. Le prometo que viene hacia aquí Jouvenel, completamente manso. Dos palabras... nada más que dos palabras.
SRA. JOU. Gracias, Trevoux. (Sale Trevoux.)

ESCENA X

SEÑORA DE JOUVENEL

¡Dios mío!... ¿Qué responderá?... ¡Ah... no. . no debí nunca permitir á Trevoux... Ahora me pesa... ¡Siento unos escalofríos!... ¡Eh!... Valor... valor... valor... Ya... ya sé lo que voy á decirle cuando entre por esa puerta: «Amigo mío... conozco...» (Se interrumpe.) ¡Eh! ¡no!... Prefiero no preparar nada. Porque después se dice todo lo contrario de lo que uno ha querido decir. Voy... á esperarle sonriendo .. sonriéndome mucho... así, y en cuanto entre le diré: «Amigo mío...» (Jouvenel entra.)

ESCENA XI

LA SEÑORA JOUVENEL y el SEÑOR JOUVENEL

SR. JOU. Buenas noches.
SRA. JOU. Hola, Jacobo.
SR. JOU. (Pausa.) Qué tiempecito, ¿eh?
SRA. JOU. Sí, sí... Hace frío.
SR. JOU. Como estamos en invierno...
SRA. JOU. Sí.
SR. JOU. Y en el invierno nunca hace calor.
SRA. JOU. Nunca. (Pausa. Le nota el muñeco.) ¡Oh! oh!
SR. JOU. ¿Qué te pasa?
SRA. JOU. Allí... en tu bolsillo...
SR. JOU. (Enfadado.) ¡Esto es demasiado fuerte!... ¡un muñeco! ¡un muñeco!
SRA. JOU. ¿Para quién le has comprado?
SR. JOU. ¿Yo? ¿Yo comprar un muñeco? ¡Quita, mujer! Son cosas de Trevoux... bromas de nuestro amigo...
SRA. JOU. Trevoux habrá comprado el muñeco para algún niño.
SR. JOU. Naturalmente.
SRA. JOU. ¿Y dónde está Trevoux? ¿Con la señora de Santenay?
SR. JOU. Sí... además... está telefoneando á su casa, sgún parece.
SRA. JOU. ¿Por qué te ríes?
SR. JOU. Por nada... no lo sé... Pero siento una alegría tan grande en este instante... ¿Tú, no?
SRA. JOU. Sí y no. (Hablan juntos la señora de Jouvenel y Jouvenel)
SR. JOU. / SRA. JOU. ¿Trevoux no te ha dicho nada?
SR. JOU. ¿Cómo?
SRA. JOU. ¿Qué?
SR. JOU. No te he entendido.
SRA. JOU. He preguntado si el señor Trevoux...
SR. JOU. ¿A tí no te ha dicho nada?
SRA. JOU. No. ¿Y á tí?
SR. JOU. Pues no... no me ha dicho nada. Principia-

ré por decirte que no le guardo rencor por nada de lo que haga esta noche.

SRA. JOU. Me alegro verte así.

SR. JOU. ¿Tú no adivinas nada de lo que está tramando?

SR. JOU. Sí... no..

SR. JOU. Trevoux conoce desde hace mucho tiempo..

SRA. JOU. A la amiga de Enrique... A la amigaaa...

SR. JOU. Sí... *a a*...

SRA. JOU. Dice que es encantadora.

SR. JOU. (Olvidándose.) ¡Deliciosa! (Rectificando.) Trevoux es amigo de la casa desde hace un año.

SRA. JOU. Desde hace más tiempo.

SR. JOU. Podía habérmelo dicho.

SRA. JOU. Tal vez por no contrariarte.

SR. JOU. ¿A mí? Yo no le hubiera dado ninguna importancia á esas visitas. ¿Y tú?

SRA. JOU. Tampoco.

SR. JOU. En el fondo tú no eres tan severa. ¿Verdad, Jenny?

SRA. JOU. Menos que tú todavía.

SR. JOU. Pues á mí me quiso llevar á ver... al niño. ¿Verdad que si lo hubiera visto, tú no me guardarías rencor?

SRA. JOU. Como tampoco me lo hubieras guardado tú, si yo...

SR. JOU. ¡Claro! Pues bien... yo... lo he visto dos veces.

SRA. JOU. No...

SR. JOU. O tres...

SRA. JOU. Yo... también...

SR. JOU. ¿Qué?

SRA. JOU. Lo he visto cuatro veces.

SR. JOU. No...

SRA. JOU. ¿Y para qué ocultarte la verdad? Voy á su casa desde hace un mes todas las tardes.

SR. JOU. ¡Oh! Y yo... desde hace dos meses.

SRA. JOU. ¿De verdad?

SR. JOU. Sí...

SRA. JOU. ¿A qué hora?

SR. JOU. De dos á cuatro. ¿Y tú?

SRA. JOU. De cinco á seis.

SR. JOU. ¡Oh, el bribonzuelo no me ha dicho nunca una palabra!

SRA. JOU. ¡A mí tampoco!

SR. JOU. Querida esposa. (Abrazándola.) ¿Por qué te has escondido así?

SRA. JOU. ¿Y tú, por qué?

SR. JOU. Sí... lo comprendo... no nos conocíamos.

SRA. JOU. Teníamos las mismas ideas el uno y el otro.

SR. JOU. Pero ahora, ¿qué va á ser de nosotros?

SRA. JOU. (Muy tierna.) Ten confianza... los encontraremos...

SR. JOU. Entre tanto... dime. ¿Qué te parece Roberto?

SRA. JOU. Un tesoro.

SR. JOU. Me adora, ¿sabes?

SRA. JOU. Yo creo que no le soy indeferente.

SR. JOU. Pero entonces yo pienso que no se ha marchado María.

SRA. JOU. Vamos, no adivinas que ..

SR. JOU. Esto es cosa de Trevoux.

SRA. JOU. Naturalmente. Nos ha privado del niño... y gracias á esto hemos llegado á confesarnos todo.

SR. JOU. ¡Oh! ¡El canalla!

SRA. JOU. Sí; pero un canalla muy bueno.

SR. JOU. Entonces tendremos que casar á Enrique con María.

SRA. JOU. Ese es mi más vivo deseo.

SR. JOU. ¡Oh!... ¡Qué alegría tan grande! Y á los que no les guste esto, ya saben dónde está la puerta... María es virtuosa, tiene un hijo de nuestro hijo.. Se casará con ella. Las gentes honradas nos comprenderán.

SRA. JOU. Y ahora, ni una palabra á Trevoux... ¡Trevoux! (Llama. Entra la señora de Santenay.)

ESCENA XII

DICHOS y LA SEÑORA DE SANTENAY

SRA. SAN. No está; ha salido hace cinco minutos.

SR. JOU. ¿Pero volverá?

SRA. SAN. Sí; «voy á buscar los periódicos de la noche y vuelvo,» me dijo.

SRA. JOU. Y usted tan sola... Perdónenos usted. (Vanse.)

ESCENA XIII

JUAN, después TREVOUX

(Un silencio. Juan pone dos cubiertos más y dos sillas. Trevoux entra dos segundos después, se asoma y se marcha.)

ESCENA ÚLTIMA

TREVOUX, MARÍA, ROBERTO, ENRIQUE y después LA SEÑORA DE JOUVENEL, JOUVENEL y LA SEÑORA DE SANTENAY

(Trevoux entra seguido de María, Enrique con Roberto. Enrique lleva un libro de estampas en la mano.)

TREV. ¡Chist!...

ROB. (Asombrado.) ¡Ay, qué bonito!

TREV. ¿Quieres callarte? María.

MARÍA ¡Señor Trevoux!

TREV. Siéntate aquí. Enrique, enséñale las figuritas del libro á Robertito... Así.. Perfectamente... Y tú, chiquillo, no te olvides de lo que te he dicho.

ROB. No

TREV. (Va hacia la puerta del salón, la abre y dice:) ¿Pero qué es esto? ¡Son las siete! ¿No se come esta noche?

SR. JOU. (Dentro.) ¡Ah! ¿Ya has vuelto? (Jouvenel y su mujer entran seguidos de la señora de Santenay. La señora de Jouvenel no se sorprende y va hasta donde está María.)

SRA. JOU. Buenas noches, María.

SR. JOU. (El mismo juego) ¡Buenas noches, muñeco mío!

ROB. Buenas noches, abuelito. (La señora de Santenay mira estupefacta.)

SRA. JOU. ¡Vamos, á la mesa! Jouvenel, pon el pequeño entre nosotros... María... Enrique...

SRA. SAN. ¿Quién es esa joven y ese niño?
TREV. ¿No lo sabía usted? Es el secreto á voces.
(Juan se queda un momento parado, mira al chico y sirve la comida. Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.